BOLSILIBROS BRUGUERA

SORTEO DEL MILLON

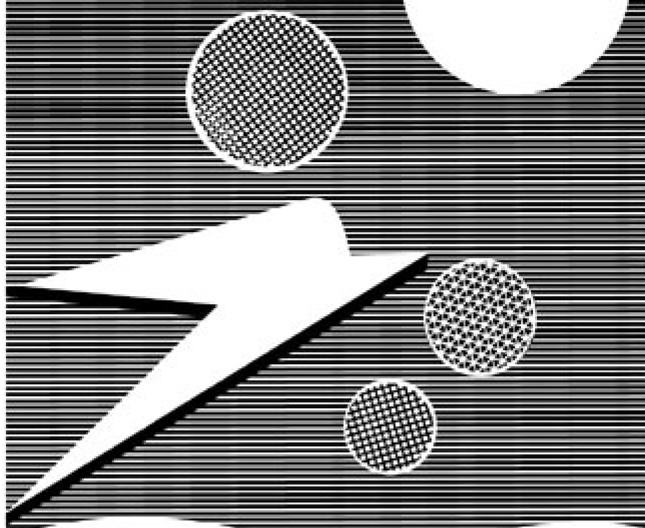
la conquista DEL ESPACIO

LA ULTIMA GALAXIA

CURTIS GARLAND

CIENCIA FICCION





LA CONQUISTA DEL ESPACIO

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS
EN ESTA COLECCIÓN

158 — La guerra de las lunas, *A. Thorkent*,
159 — La nube de la muerte, *J. Chandley*.
160 — Xenofobia, *Curtis Garland*.
161 — Ruta desconocida, *Marcus Sidereo*.
162 — Las estrellas malditas, *J. Chandley*.

CURTIS GARLAND

LA ULTIMA GALAXIA

Colección
LA CONQUISTA DEL ESPACIO n.º 163
Publicación semanal
Aparece los VIERNES



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA – BOGOTÁ – BUENOS AIRES – CARACAS – MÉXICO

ISBN 84-02-02525-0
Depósito legal: B. 25.873 - 1973

Impreso en España - *Printed in Spain*.

1ª edición: setiembre, 1973

© Curtis Garland - 1973
texto

© Rafael Cortiella - 1973
cubierta

Concedidos derechos exclusivos *a* favor
de **EDITORIAL BRUGUERA, S. A.**
Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.**
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1973

PRESENTACION

Lector:

Está abriendo la puerta a un mundo nuevo. A un ámbito extraño, insólito y desbordante.

A partir de aquí, todo es exuberante, delirante, fabuloso. No hay personajes normales. No hay seres que nos resulten familiares.

No hay época cercana, ni regiones más o menos afines a nosotros. Nada se parece a nada de lo que conocemos o imaginamos. Es... otro lugar en el universo. Otros mundos. Otros soles, otras estrellas, otros tiempos...

¿Tiempo? No sé. Creo que eso no cuenta siquiera. Es un concepto ridículo, desbordado por los seres y los acontecimientos. Es un recuerdo, un lejano prejuicio, apenas un instinto de algo que una vez significó alguna cosa.

Este es el universo de otros entes, de otros seres, de otros hechos. Está tan cerca del Olimpo como de nosotros. O tan lejos de ambos como de lo que es vida o es muerte. Es... el increíble, fantástico, inconcebible ambiente de un ser llamado Galax. Un héroe al margen del Espacio y del Tiempo. Y, sin embargo, ligado a ese tiempo que apenas conocía, por una exigencia vital de su condición extrahumana, aunque increíble y entrañablemente humana también, por simple paradoja.

Es el tránsito entre no ser y ser por la eternidad. Entre la vejez de centurias y la juventud sin fin. Entre el holocausto y la gloria. Es una historia casi, casi, de hombres y de superhombres, de criaturas y de dioses. De héroes llegados de los confines del Cosmos; de mujeres arribadas de las estrellas. De dimensiones nuevas e insospechadas. De astros y soles jamás imaginados, nunca previstos. Pero que están ahí, en alguna parte. A millones y millones de años-luz. Distancias inmensas, inconmensurables, velocidades siderales, cifras cósmicas...

Y allí, en alguna parte, Galax.

Ven conmigo, lector.

Ven a ese ultrafuturo, a ese macrocosmos casi mitológico, donde los mundos, soles y estrellas saben de unas vidas increíbles, de una fabulosa cosmología sin precedentes, donde la Imaginación es, quizá, nuestro mejor vehículo hacia los planetas y sistemas solares, hacia las nebulosas y galaxias inaccesibles de un ser llamado... Galax, el Inmortal del Cosmos.

PRIMERA FABULA COSMICA

TITANES Y MONSTRUOS

CAPITULO PRIMERO

El Monstruo luchó con el Héroe.

Y el Monstruo salió triunfante.

Siempre había sido así. Siempre los Monstruos vencieron a los Héroes. No tenía por qué ser diferente, ahora. Y no lo fue.

El Héroe luchó noblemente. Arrogantemente. Con dignidad, con grandeza, con la confianza que da defender el Bien, y usar la Virtud como escudo.

Eso, en otro lugar, hubiera, quizá, resultado. O quizá no. Allí, no podía resultar. El Monstruo Púrpura fue el vencedor. También lo hubiera sido el Monstruo Verde. O el Monstruo Rojo. O el Amarillo. Cualquiera de ellos podía vencer a un simple Héroe: Eso no era historia. Ni siquiera constituía una novedad para los mudos y fascinados espectadores del duelo titánico.

El Héroe cayó. Una vez más, cayó. Era su destino.

No: Los Héroes no podían triunfar. Todo era inútil Y no triunfaron.

Al caer, todos sabían que el Héroe estaba muerto. O, en el mejor de los casos, iba a morir. Cuando menos, moriría en el suelo firme. Sus alas de Ícaro estaban rotas. Su cuerpo sangraba. Era el fin, y todos lo sabían. Incluso el Héroe que caía...

Le miraron. Veían cómo agonizaba, en aquel suelo frío e inhóspito. Ellos eran solamente mortales. Los Héroes eran diferentes. Eran superhombres alados. Excepto cuando les vencían los Monstruos del Mal. Ahora, uno había sido vencido de nuevo. Ya no era invencible. Era como todos. Estaba herido de muerte. Sólo los Monstruos vencían a los Héroes. Sólo los Monstruos podían matarles.

No le tocaron. No le hablaron. No conocían el lenguaje de los Héroes. No conocían ni siquiera su modo de ser o de pensar. Los Héroes eran... eso: héroes superiores. Ellos eran mortales. Había su diferencia. Miraron al negro espacio, salpicado de estrellas y de manchas luminosas de galaxias cercanas. No encontraron a nadie. Los Monstruos cuando vencían, se alejaban. Desaparecían. Eso también era habitual. No extrañaba a nadie.

—Miradle —dijo alguien—. Pobrecillo... Se muere.

—Bueno, ¿y qué? —replicó otro—. Yo no sé cómo curarle. Ni siquiera sé si un Héroe Alado se cura.

—¿Es un Héroe? ¿Un Superhombre? —preguntó un niño.

Era una Criatura Rosa. Las Criaturas Rosa eran niños. Y las Criaturas Rosa siempre decían lo que sentían. Decían la verdad. Para eso eran Criaturas Rosa. Para eso eran niños.

—No sé —repuso otro, evasivo—. Parece que lo es, ¿no? Sólo los

héroes superiores tienen alas...

—Sí —afirmó otro—. Tiene alas. Además, luchó con un Monstruo; el Monstruo Púrpura. Eso significa algo, ¿no?

—Claro —confirmó otro—. Los Héroes siempre luchan con los Monstruos.

—Pero los vencen, ¿no? —preguntó de nuevo la Criatura Rosa.

Los mayores se miraron, sin saber qué decir. Era inquietante la pregunta. Cuando la pregunta de un niño motiva una respuesta negativa en todos sentidos, siempre resulta inquietante. Lo fácil es responder con una sonrisa. Nadie, allí, tenía ganas de sonreír.

Y, entre tanto, el Héroe agonizaba, mirándoles a todos con dolor, con pena. Quizá, incluso, con amargura. Con decepción. Un Héroe nunca luchaba por sí mismo. Lo hacía por los demás. Y los demás se limitaban a mirar... a comentar... a encogerse de hombros.

—Me muero... —dijo, en un murmullo, el Héroe Alado.

Le miraron. No hicieron comentarios. Lo sabían. Estaba agonizando. Los que agonizan, terminan por morirse. Lo mismo daba que fuesen personas o dioses, que tuvieran alas o no. Eso, al menos, pensaban ellos. Lo decía su lógica. Su fría lógica racional, que no admitía excepciones en nada.

Los niños no sabían de Lógica. Por eso el niño se acercó al Héroe. Y le habló:

—Los Héroes no mueren —dijo.

—¿No? —el moribundo le contempló, con un suave aleteo de sus apéndices alados, en la espalda musculosa. Los ojos azules, el cabello rubio, largo y rizoso, las formas indefinidas, sin sexo concreto, temblaron en su agonía. Aun así, casi sonrió. O en realidad sonrió, contemplando a la Criatura Rosa, curiosamente inclinada sobre él—. ¿Por qué, pequeño?

—No sé. Lo dicen todos. Los mayores. Mis padres, mis tíos. La gente que piensa y entiende. Los Héroes nos protegen. Los Héroes no pueden morir.

—Y, sin embargo, morimos —suspiró el Héroe vencido. Se agitó en el suelo, la sangre salpicó sus alas elásticas, suaves, blancas y livianas—. ¿Por qué, pequeño?

—Yo hago siempre las preguntas —dijo el niño—. No sé responder. Y menos, a un Superior...

El señor alado tendido en el suelo, frío y ceniciento, se movió en un espasmo. Si tuvo dolor, lo disimuló con una sonrisa. O con algo parecido a una sonrisa. Miró al niño de rosada piel y cabellos suavemente azules. Su voz sonó dulce, a pesar de su agonía:

—Tal vez morimos porque hemos sido creados para algo que no sabemos hacer... Los Héroes hemos de velar por los demás, y protegerles. Así está escrito en el Libro de los Mundos y de la

Creación. Pero hemos seguido pensando que solamente con bondad y amor se puede vencer a todos los enemigos. Y hay un Enemigo, más allá de las estrellas, que no admite reglas en el juego, que no acepta condiciones ni emplea la honradez del guerrero en el campo de batalla eterna, que es el Universo...

—¿Es..., es el Gran Monstruo, ese enemigo? —preguntó la Criatura Rosa.

Y el Héroe, sintiéndose ya a las puertas de la muerte física, y quizá espiritual, sólo supo responder, fatigado:

—El Gran Monstruo... Sí, tal vez. Todo lo que es malo, lo que no tiene un nombre definido, pero que significa el Mal por naturaleza... es, para nosotros, El Monstruo. Ese es el Enemigo, pero..., pero ni siquiera yo, un Héroe... estoy seguro de que, realmente... sea... sea un Monstruo.

Y exhaló un profundo suspiro. Con una sonrisa, además.

Fue su última sonrisa. Su postrer suspiro. Se quedó muerto. Con sus alas plegadas, con su cuerpo hermoso encogido, con su figura angélica postrada en la imagen patética de la derrota.

El Héroe Alado había muerto.

La Criatura Rosa era un niño. Y lloró. Los niños siempre lloran. Es algo que les diferencia de los mayores que, cuando dejan de ser niños, ya nunca lloran. Los Ciudadanos Amarillos de Sygar se limitaron a inclinar la cabeza y retirarse en silencio.

Como hacen los hombres y las mujeres. Como hacen los cobardes.

Una vez más, el sacrificio del Héroe había sido inútil. Era una historia tan vieja como la Creación de los Mundos...

*

—Vivir o morir. Es tu dilema, hermano.

—¿Mi dilema? —rió él, sarcástico—. Es el de toda la especie viviente del Universo. Se vive y se muere, ¿no es cierto?

—Sí. Siempre fue así. Se vive y se muere. Solamente dos especies son inmortales, por razones diferentes. Y están tan lejos de nosotros como los mismos confines del Universo...

—¿Qué especies, exactamente, Gran Patriarca?

—Los Héroes Alados y los Monstruos.

—Héroes Alados, Monstruos... —hubo una carcajada burlona, irónica—. ¿Existen, realmente?

—En alguna parte, deben existir. ¿Por qué eres escéptico, hermano?

—No es que lo sea... Es que recorrí distancias inmensas, salvé millones de años-luz, soles y sistemas, mundos y asteroides, nebulosas y galaxias... Jamás encontré hombres con alas ni Monstruos del Mal.

Son fábulas infantiles, Gran Patriarca.

—Las fábulas pueden ser realidad. Lo son, en alguna parte, me consta.

—¿En qué parte?

—Donde los soles no alumbran, donde las gentes son diferentes, donde los conceptos viejos se confunden con la pura energía, el espíritu y la luz… allí hay todo eso, hermano. Porque donde hay bien, hay mal. Sólo pueden existir esos conceptos por comparación. Si no…, ¿quién sería bueno y quién sería considerado perverso?

—No sé, Gran Patriarca. Nunca llegué a esos límites —suspiró—. Creo que hasta para un hombre como yo… existen unas fronteras inviolables. Y tal vez sean ésas…

—¿Fronteras? ¿Para el hombre que llegó a milenios de millones de años-luz de su propio mundo? —dudó el Gran Patriarca—. ¿Límites para quien alcanzó los supremos objetivos del ser viviente, para quien el Universo no tiene ya recónditos secretos ni divisorias inalcanzables?

—Llegué lejos. Muy lejos —dijo, despacio, él—. Es cierto eso. Admito que nadie, jamás, llegó adonde yo puse mi pie y mis ojos maravillados. He sido el primer cosmonauta que arribó a los confines de lo imaginado, e incluso más allá… He sido el primero en romper lo establecido y alterar las normas universales. No sé qué poder me guió o qué forma de Providencia fue acompañando mis pasos por las Galaxias. Sólo sé que, ahora, jamás podré regresar al punto de donde partí. Entre otras cosas, porque pasaron milenios, centurias por millares… y acaso mi mundo sea ya una estrella nova, un simple planeta estallado en pedazos…

—Sabes que mi Ciencia puede dar respuesta a esa duda, que mi sabiduría tiene medios de contestar a tus eternos interrogantes y…

—No —cortó él—. Deja así las cosas. Deja que esas preguntas sigan siendo eternas, y yo jamás sepa nada… No vale la pena ya. Mi mundo, mi gente, mi sociedad, mi tiempo, dista ahora milenios de mí. Si mi planeta existe, es ahora un yermo agónico o muerto del todo. Si no, se haría pedazos al estallar un día nuestro Sol… Es el destino de todos los astros. Vejez de cientos, de miles de siglos, pesan sobre mi mundo, a estas horas. ¿De qué serviría volver, aunque alguien viviese? No, no vale la pena. Nunca valdrá ya la pena, Gran Patriarca. No hables. Mantén muda tu sabiduría, callada tu Ciencia. No me sirve. No la pido ni la quiero. Prefiero ignorar, dudar, preguntar… Las estrellas son mi oráculo. Pero las estrellas son herméticas. Nunca responden. Nunca…

—Como quieras —el Gran Patriarca asintió, suspirando—. Pero…, ¿qué harás ahora?

—Tú lo has dicho. Es mi dilema: vivir… o morir.

—Es un dilema diferente al de toda criatura viviente en el Universo. No sé si el Creador mismo te eligió como a su ente predilecto. Parece ser así, cuando menos.

—Deja al Creador. El no se mete en lo que hagamos nosotros. No vale la pena. No somos tan importantes, Gran Patriarca. Ni yo, ni tú... ni siquiera los Héroes o los Monstruos de ese hipotético plano diferente que tú mencionas...

—Como sea, vives aún. Eso, nadie lo logró jamás. Estás por encima de todo Tiempo y todo Espacio. Eres otro. Eso lo explica todo, aun no explicando nada. Pero tienes tu propio y terrible problema: vivir así eternamente... o morir en breve. No hay otra salida.

—Vivir... eternamente. ¿Vale la pena, Gran Patriarca?

—Debes pensar que esto no es tu mundo ni tu ambiente. Aquí, la inmortalidad puede alcanzarse. Está en tus manos. Elige, hermano.

—Inmortal... como los dioses —sonrió él, amargamente.

—Los dioses acaso estén en alguna parte —la mano del patriarca abarcó la inmensidad negra del Cosmos—. No sé... Nadie los vio jamás. Pero tú eres humano, tangible, podemos verte. Y fuiste elegido. Puedes ser inmortal. Eternamente fuerte y joven. Increíblemente fuerte, como lo eres ya. Pasmosamente joven, como ahora. Sin vejez, sin muerte. Un sueño de dioses, como tú dices. Pero los dioses pueden ser leyenda.

—Y yo... ¿puedo ser leyenda también?

—Ningún humano fue nunca leyenda. Acaso te esté reservado ese papel supremo en la Creación, hermano Galax —admitió pensativamente el Gran Patriarca.

Y Galax, profundamente abstraído, replicó con otra pregunta:

—¿Valdría la pena?

—Eso... sólo Dios lo sabe —fue la respuesta.

—Dios... —Galax le buscó en las estrellas, en la noche eterna de los tiempos y de los espacios, sin hallarle—. ¿Sabes algo, Gran Patriarca? Salí en su busca, un día...

—¿Qué?

—Sí, llámame loco. Pero así empezó todo. Salí en busca de Dios. Nunca lo encontré. Ahora sé que está en todo lo que veo. Que todo es El y es obra de El...

—Querías ver demasiado lejos —sacudió la cabeza el Gran Patriarca—. No sueñes con algo tan alto y tan lejano. Primero están los superhombres alados... y ni siquiera has llegado a saber que existían.

—No sé. Conozco mucho. He visto mucho. Pero realidad y leyenda, ficción y verdad, mitos y sueños, se mezclan confusamente en mi cerebro. Tal vez no estaba preparado para esto...

—Nadie está preparado para nada así —el Gran Patriarca le

contempló con fijeza—. Por cierto, hermano Galax. Olvidé preguntar al ser humano más poderoso del Universo, cuál es ese remoto planeta del que procede…

Galax se irguió. Los ojos que habían buscado en vano a Dios, buscaron ahora algo casi tan lejano e invisible como el Creador mismo. Algo perdido en la distancia infinita de las galaxias…

—La Tierra —dijo—. Así se llamaba mi mundo… hace millones de años.

*

—La Tierra, sí. Es ahí —el largo dedo escamoso, purulento, se apoyó en un diminuto punto de luz, perdido en una mancha luminosa, sobre el gran Cosmorama extendido a lo largo del curvo panel.

—La Tierra… ¡Es insignificante! —masculló la Hembra-Araña, moviendo sus bien formadas piernas verdosas, en número de ocho, por el amplio recinto—. Ni siquiera creo que exista ya…

—Probablemente, no —suspiró la Medusa, desde otro extremo de la sala, avanzando en flotantes movimientos de sus gelatinosas extremidades, hacia el Cosmorama—. Esa imagen luminosa es la actual, pero hay luz que procede de distancias situadas a miles de millones de años-luz. Muchas de esas formas visibles, son ya estrellas-novas o fragmentos de asteroides flotando en el Cosmos, tras una hecatombe. La imagen de tales desastres, tardará siglos en llegar al Cosmorama.

—Pero los detectores electromagnéticos pueden señalarlos matemáticamente —rió la voz autoritaria del Monstruo, agitando sus miembros escamosos, que despedían aquel repugnante pus bilioso. La forma incongruente se agitó, crispada por una hilaridad repulsiva—. Sin embargo, no vale la pena. No estamos reunidos para juzgar el mundo lejano y miserable de ese ser viviente. Sólo él me preocupa.

—Es una simple criatura humanoide, un mortal inferior, llegado de remotos confines… —argumentó la Hembra-Araña, culebreando sus formas voluptuosas, en aquella especie de monstruosa y aterradora presencia multiforme en extremidades—. No merece la pena.

—Os equivocáis todos —rechazó el Monstruo—. Galax sí merece la pena. Porque, por ahora… es inmortal.

—¿Inmortal? —la Medusa pegó un salto eléctrico, centelleante. Su cuerpo viscoso se encaramó en los cilindros y plataformas flotantes que eran muebles de la sala—. ¡La maldición de los Dioses del Mal sea con él! Está escrito en el Oráculo de los Tiempos que solamente un Inmortal, una Criatura Elegida, llamada «La Que No Puede Morir»,

terminará con el poder supremo de…

—¡Calla! —cortó el Monstruo, violento. Vibraron sus membranas escamosas, y chorreó, al irritarse, la purulenta materia viscosa, que se hizo charcos rápidamente evaporados, en el suelo eléctrico—. No nombres al Superior. No cites su nombre supremo. El es el poder y la grandeza, la fuerza y la destrucción para todos. Nadie será inmortal, mientras nosotros, sus servidores, estemos en el Cosmos para evitarlo…

—Pero si Galax es inmortal… —comentó, dubitativamente, la voz blanda de la Hembra-Araña.

—¡Galax es AHORA inmortal! —aulló el monstruo, con una agitación masiva de su corpachón deforme, fofo y escamoso, que se arrastró por la superficie de radiaciones eléctricas de su Centro de Control—. Pero en breve, en brevísimo plazo… ¡Dejará de serlo!

—¿Eso puede suceder? —se asombró la Medusa. Se adhirió con sus patas transparentes y pegajosas, palpitante su cabeza en forma de hongo, al muro de la sala—. Si es inmortal, significa que…

—Si es inmortal ahora, significa que luego, puede dejar de serlo… Es decir, no es la suya una inmortalidad DEFINITIVA. Se sintió dotado por un don superior, pero ha de ser reafirmado per algo más. Tiene que pasar una prueba total, absoluta. Entonces, sí será inmortal para siempre, para la eternidad del Cosmos. Pero falta esa prueba…

—¿El lo sabe? —indagó la Hembra-Araña, reptando alegremente por encima de la superficie luminosa del Cosmorama.

—Claro. Él lo sabe perfectamente —asintió el monstruo—. E intentará pasar la prueba, ayudado por el Gran Patriarca.

—¿Entonces…?

—Entonces… no Ia pasará. Por eso os he reunido a todos. Escuchad a vuestro amo… Esta es la voz del Superior. Así lo ha dispuesto él… ¡y así se hará, para destruir al Inmortal!

CAPITULO II

La Nave de Energía se hizo chispas de luz.

Luego, la luz se hizo invisible. La energía se convirtió en materia distorsionada. Se deslizó por el Universo, más allá de las bandas luminosas y más allá de las limitaciones físicas establecidas.

Millones de años-luz se deslizaron en torno a la supernave, en deslumbrante vértigo sideral. Formas y cosas dejaron de serlo. Las leyes naturales de criaturas y cuerpos, no existían en esa supradimensión de la Velocidad.

Galax era la estatua hermosa y mitológica, inclinada sobre mandos hipnóticos, movidos por el impulso de las células de su mente. A su alrededor, torbellinos de puntos luminosos formaban como muros o paredes ingrávidas e intangibles. Pero eran los límites mismos de la Supernave. El fuselaje de polvo estelar de la navegación de hombres que ya eran casi dioses.

Galax no miraba. Galax no se preocupaba del vuelo, del rumbo, de su destino, del panorama celeste en torno suyo. No hacía falta nada de eso. No necesitaba preocuparse de detalles tecnológicos. La Tecnología estaba superada. Era ya prehistoria del Cosmos y del humanoide viviente.

Pensaba. Eso sí. Pensaba. Su cerebro claro, nítido, preciso, delimitaba evocaciones, recuerdos y anhelos, en un caleidoscopio fantástico de ideas concretas, luminosas, frescas y límpidas. Recordaba su remoto origen. Y pensaba en su más remoto punto de destino. Allá donde la mente del ser normal nunca pudo llegar ni en sueños. Donde él mismo, tal vez, con todo y ser superior, tampoco llegaría jamás...

Galax no se sentía un superhombre. Ni deseaba serlo. Sólo un hombre mejor, más perfecto, más cercano de lo ideal que lo tangible. Soñando con saltar barreras ignotas, hasta entonces inaccesibles a toda criatura cósmica.

Nunca deseó ser más que un hombre. El no buscó ser lo que ahora era. Fue el azar, acaso un destino supremo, un designio remoto e indefinible, acaso un simple accidente en el devenir de los tiempos, de los hechos y de las materias.

Un accidente que le convirtió en lo que ahora era. A distancias fabulosas, inconmensurables, de su lugar de origen, de su gente, de su tiempo, de su mundo, de su sitio en el orden universal.

Galax... Inmortal y eternamente joven y poderoso. O frágil, quebradizo, débil, de corta, cortísima vida, bajo la amenaza del mismo poder que le hiciera distinto.

Ese era su gran dilema. Su esplendor y su desastre, su gloria o su aniquilamiento, su apoteosis o su holocausto.

Galax miró atrás. No en la materia ni en las distancias, sino en las ideas y en los conceptos, en los recuerdos y en los sentimientos...

La Tierra...

Su lugar de origen en el Universo. Su mundo. Su gente. Tan lejos todo eso, ahora...

Suspiró. Los labios de bronce en un rostro pétreo, inescrutable como los astros en los que se movía, como criatura integrante del equilibrio universal, de la infinita armonía cósmica...

—La Tierra... —susurró—. ¿Cuánto hará de eso ya?

Acaso décadas, siglos, milenios... La curva sin principio ni fin del ámbito Universal, su dimensión matemática hecha realidad, sus cifras convertidas en distancias, elípticas o curvaturas inconcebibles para el cerebro humano, estaba por encima de preguntas tan simples y, a la vez, tan complejas.

Tiempo... Espacio...

Conceptos alterados, pulverizados, distorsionados por una nueva visión de materias, formas, vacíos y silencios. Términos remotos, de primario origen. Matemática pura la del Cosmos. Allí no cabían respuestas sencillas, ni réplicas directas, ni explicaciones lineales. No. Todo era más complejo, más extraño, más remoto e inconcreto.

Y de allí, de donde todo era simple, claro y comprensible, llegó un día una criatura llamada...

¿Qué importaba como él se llamara entonces? Ni lo recordaba. La memoria también sufrió el formidable *shock* de la gran transformación, de la suprema metamorfosis de la materia en energía vital, del cuerpo perecedero en forma física inmortal.

Claro que podía recordar, si quería. Siempre se puede recordar, si se desea realmente. Pero no recordó. No lo intentó. No quiso. No valía la pena.

Era el pasado. Lo inalterable ya Lo que quedó atrás. Importaban otras cosas: el presente, el futuro. Lo que estaba por venir. Lo que le esperaba allá, en algún rincón ignoto del Cosmos. Más allá de las estrellas, más allá de donde las cosas son como siempre habían sido para las criaturas sencillas como él.

Galax se dejó llevar en su nave de polvo luminoso, que ya ni siquiera era luz, sino distorsión pura en un plano matemático y frío. Era Galax. Lo anterior no contaba. No tenía sentido.

Su poder hipnótico manejaba los mandos intangibles. Alrededor, la Creación era un festival Infinito de luz y de tinieblas, de color y de negrura, de dimensiones nuevas e insospechadas.

Y, a pesar de todo, recordó.

Recordó aquel formidable estallido, donde empezó todo...

¡ BRRRRAAAAAAMMMMMMBBB!...

Allí dejó de existir un humano. Un cosmonauta de la Tierra.

Allí nació otro ser superior. Inmortal. Un ser llamado... Galax.

*

—Galax...

—Sí, es mi nombre —afirmó él.

—Pero tú eres el Astronauta Tierra DDSR-LF 1.007...

—No. Yo soy Galax.

—Tú eres el ciudadano de la Tierra, llamado...

—No. No soy ciudadano de ninguna parte. No tengo lugar en ningún sitio. Soy Galax, hijo de las estrellas, criatura del Universo, viajero de las Galaxias...

—¡Galax no es más que un nombre! ¡Y no es el tuyo! Tengo aquí tu ficha. Eres...

—Soy Galax.

El Controlador respiró hondo. Cerró el archivador con ira. Se inclinó hacia la pantalla ovoide que flotaba en el comportamiento de flúor. Su imagen creció en el visor estereoscópico.

—¿Qué te sucede? —se enfureció—. ¡Estás dificultando los trabajos de identificación estelar del Centro Cosmonáutico Mundial!

—Lo lamento. No tengo nada que ver con ese Centro. Ni con ninguna identificación. Ya me identifiqué antes. Yo soy...

—Sí. Tú eres Galax, lo has dicho muchas veces. He comprobado todos los archivadores. Galax no existe.

—¡Archivadores! —rió irónicamente él—. Todo lo fiáis en eso. Mecánica, rutina, burocracia, archivos,, fichas, cifras, números, nombres... Me dais pena.

—No trates de disimular. No nos censures. Eres uno de nosotros, aunque sostengas lo contrario...

—Fui uno de vosotros —rectificó apaciblemente Galax—. Ya no. Me liberé. El sueño de todo hombre se hizo realidad.

—Liberarte... ¿A qué llamas libertad? Existe un control de subversión ciudadana. Puedes ser castigado por eso. Hay leyes, hay reglamentos...

—Leyes, reglamentos... —Galax lanzó una carcajada suave y profunda. Sus ojos hermosos e insondables, como espejos cósmicos, revelaron una profunda ironía, un absoluto desprecio por todo lo establecido—. Suena a burla, a diversión, a cosa ridícula... Tus identificaciones, tu policía, tus controles, tus leyes y reglamentos... ¡Y la subversión! Todo cuanto el hombre, el Hombre, ¿entiendes, pobre burócrata gris y triste?, intentó en pro de su emancipación de lo establecido, fue siempre subversión. Pobres seres amorfos y

rutinarios... No, no servís más que para encarrilar a una masa dócil, obligatoriamente sojuzgada por normas inmutables. Yo estoy liberado de eso. Pertenecí a vuestro *establishment*, pero en mi caso, algo salió mal. Algo falló. Y cuando falla lo humano, triunfa, por fortuna, lo demás. Donde muere lo humano, empieza lo superior. O algo intermedio, que puede ser el camino hacia algo mejor.

—¡Deliras, Astronauta Tierra DDSR-LF 1.007! —aulló, enjugándose el sudor, el muy honorable y respetado Controlador.

—No, no deliro. Hablo desde otro plano vital. Ya te lo dije. Algo falló. Quería ser astronauta para ir lejos, muy lejos... Bien. He llegado más lejos que nadie. Mi nave, mi nave material, escrupulosamente controlada, automatizada, matriculada y dirigida, parte de un minucioso plan investigador, también controlado, dirigido y automatizado... se hizo añicos. Entré en una hecatombe cósmica. Reventé con muchas cosas, y creí que eso era la muerte. Pero hay convulsiones cósmicas menos dañinas que las armas letales de nuestro inteligente y humanitario mundo, Controlador. Salí vivo. Extrañamente vivo. Pero diferente. Ya no era yo. Y si realmente sigo siendo YO, ha cambiado mi estructura física, mi naturaleza, mi propia dimensión biológica. Ahora puedo enfrentarme a vosotros, pero no agresivamente, sino con desprecio. Y deciros lo que siento, lo que pienso. Deciros que ya nada me importa de aquel que fue mi mundo ni de su gente y sus leyes, porque he quedado al margen, no sé si para bien o para mal.

—¡Nadie queda fuera de su mundo y sus leyes, entiéndelo bien! —aulló de nuevo el Controlador, lleno de indignación—. ¡El Consejo de Gobierno dictará contra ti una sentencia condenatoria que...!

Le detuvo la larga carcajada de Galax, su expresión divertida y risueña, que llenó de estupor, de desconcierto, al hombre de la pantalla. Mudo, contempló a su interlocutor en la propia pantalla visora, sin saber qué decir.

—No existe ninguna sentencia que pueda condenar a un hombre inmortal, ¿no lo entiendes, Controlador? —se mofó Galax.

—¿Inmortal? ¡Deliras! ¡Nadie es inmortal, salvo los astros, los dioses...! ¡Pura mitología, fantasías de las gentes, supersticiones y misticismos caducos!

—Hasta eso lograsteis: quitar la fe a los humanos. Ya no se cree en nada ni en nadie. Todo es material, mortal, perecedero. Todo nace, muere y se extingue. Es la doctrina política que creasteis vosotros y otros como vosotros, ¿no es cierto? Pero aquí tienes la realidad. ¡Mi realidad! Una respuesta, Controlador, para ese miserable mundo vuestro, que ha sido el mío y del que siempre soñé en escapar, como de una pesadilla o una prisión sin rejas... ¡Y ahora, YO soy la respuesta! Mírame, Controlador. Soy Galax. Nacido en la Tierra,

prohijado por el Universo. Yo, que no puedo morir; yo, que debería estar muerto... y por una voluntad suprema, lejos de vuestro alcance, ahora poseo el don de esta juventud eterna, de esta inmortalidad física, por los tiempos de los tiempos...

—Mientes o sueñas, loco.

—¿Loco? Posiblemente. Sólo los locos sueñan. Controlador, mira mi cuerpo, mi rostro, mi piel, mi físico. Estoy hecho en apariencia de carne y huesos, aunque parezca de bronce, tendones de acero y fibras de piedra. Soy Galax, un cosmonauta que llegó más lejos que ningún otro, que ascendió a las estrellas y que, alcanzado por un cataclismo estelar... se vio bombardeado, sacudido por una masa de energía cósmica. El torbellino me engulló, me absorbió, y las materias mismas del Cosmos que ignoramos, se fundieron con mi propia materia, para hacer de mí lo que ahora soy... Mi cuerpo es un supercuerpo, mis tejidos son indestructibles, mi cerebro y mis facultades han sido centuplicadas por un desconocido poder galáctico... Y sé bien lo que soy. Sé que soy una criatura marginada para vosotros. Pero inmortal, ¿entiendes? Vagaré así, por el Universo todo, por los siglos de los siglos... ¡Yo, Galax... NUNCA moriré!

Y riendo, apagó el visor. Fue su última comunicación con el planeta Tierra. Con sus semejantes. Con sus gentes.

*

—Yo, Galax... inmortal... ¡Nunca moriré! ¡Estúpido y loco de mí! ¡Mi soberbia, mi propia arrogancia, mi orgullo desmedido hicieron esto! ¡Es sólo el castigo, el gran castigo del Cosmos a sus criaturas rebeldes y engreídas, que se llegaron a creer un día superiores...!

Y Galax, en su nave de energía ultralumínica, inclinó su cabeza soberbia, hermosa y altiva, de hombre que parecía un dios, o de un dios mitológico semejando un hombre...

En su recuerdo, el bramido formidable y aterrador de galaxias en caos, de estrellas en fusión, de poder cósmico en expansión, se repitió, una y mil veces más...

¡BRAMMM!

¡BBBRAAAMMM!

¡ BBBBAAARRRRAAAAMMMM!...

Y él, hecho polvo cósmico, hecho luz y energía, hecho nada o todo, saltando por los espacios, desgarrada su nave, desmembrados sus recursos de cosmonauta de la Nueva Era.

Luego, saturado de aquel poder supremo, de aquel fluido cósmico que hizo de sus fibras, tejidos y formas auténticas masas vigorosas de estatua sideral, dotada de poderes supremos...

Y ahora, reducido a la magnitud ínfima y mínima de su condición

de humanoide, en el terrorífico trance presentado por el Gran Patriarca de los Soles Nuevos:

—Morirás, Galax... Esa misma fuerza cósmica que te dotó de poderes suprahumanos... te aniquilará. Destruirá tu propio ser, comerá tu organismo en cuestión de fechas galácticas, que acaso para tus semejantes de aquel lejano mundo tuyo sean milenios, pero que para ti sólo son jornadas fugaces... ¡Serás una piltrafa, devorada por el peor tumor conocido jamás, que es el de la fuerza que satura tus tejidos, y acabará por pulverizarlos y desgarrarlos, en una muerte horrenda!

Y su pregunta ronca, débil, estremecida:

—¿No hay... no hay remedio? ¿Ningún remedio para ese final, ahora que creí haber llegado a la inmortalidad?

—Los cuerpos de los hombres no están hechos a la inmortalidad —explicó el Gran Patriarca—, Sus tejidos no soportan una concentración de energía cósmica latente... Pero existe el medio, sí. Existe la solución...

—¿Cuál?

—Es difícil, muy difícil. Y lejana...

—¿Dónde está?

—Donde los hombres no pueden llegar. Donde la luz de los astros no alcanza, donde la vista de los mortales no llega. Más allá de las Galaxias y de las Estrellas remotas. Donde el Universo termina, donde viven los ángeles y se roza lo inmaterial nunca concebido por una mente mortal...

—¿Qué lugar es ése, Gran Patriarca? Dime dónde, y yo iré, si es físicamente posible...

—Es posible, pero improbable, Galax.

—¿Incluso para mí?

—Incluso para ti, hombre superior. El baño de la Suprema Luz es la Vida y la Juventud... El Manantial de la Sabiduría y del Poder...

—Existe, entonces, ese Manantial mítico...

—Todo lo mítico existe en alguna parte. Sólo hay que .encontrarlo, alcanzarlo...

—Quiero llegar a ello, Gran Patriarca.

—Querer, no siempre es poder. Encontrarás grandes obstáculos, adversarios titánicos, tan fuertes o más que tú...

—¿Obstáculos? ¿Adversarios? ¿Por qué?

—Dicen los. Oráculos de los Tiempos que una criatura inmortal terminará un día con las fuerzas del Mal en todo el Universo. Un elegido de aquello que está más allá de lo material y de lo tangible, más allá, incluso, de la Suprema Luz y de la Nebulosa Infinita donde, según las crónicas, termina el Universo, será quien derrumbe alguna vez el poder de las tinieblas, a todo lo largo, ancho y

multidimensional del Cosmos. ¿Acaso esperas ser tú esa criatura suprema, llamada «La Que No Puede Morir»?

—Acaso lo espero… y lo deseo —habló, fervoroso, Galax—. Después de todo… sobreviví a un cataclismo. Llevo la fuerza cósmica en mi ser. Puede matarme, o hacerme más grande que a ningún otro mortal. ¿Por qué no luchar para vencer a la Muerte primero… y al Mal después?

—Solamente hay dos medios conocidos de vencer al Mal.

—¿Cuáles?

—Amor y Fe. ¿Los tienes tú, Galax?

—Perdí la Fe hace tiempo, cuando mis gentes la perdieron y mi mundo persiguió y aniquiló a los que aún la conservaban.

—Lo que se pierde, siempre puede recuperarse —sonrió el rostro venerable y sabio del Gran Profeta de los Soles Nuevos—. ¿Y… el Amor?

Galax inclinó la cabeza, abatido.

—Mi mundo no sabe qué es el Amor. Se programan los matrimonios y la fecundidad. Se borró todo afecto o emoción sentimental, por orden de los gobernantes. Se hizo ciencia del sexo, y fría programación del afecto. Los hijos son productos de la técnica y la biología avanzada. Los que aman son exterminados. No, nunca conocí el Amor.

—Eso es más grave. No llegarás lejos, Galax.

—Llegaré. Lo prometo.

—No basta prometerse una cosa. Hay que cumplirla. Y no depende sólo de la voluntad propia.

—A veces, sí. Con alguna ayuda…

—¿Qué ayuda tendrás? No esperes ninguna. Sólo mi sabiduría. Y es limitada. No llega tan lejos como el lugar adonde tú pretendes dirigirte, en busca de tu vida eterna.

—No sé. Esperaré alguna ayuda. La que sea. Intentaré merecerla, además. Es todo. Si es preciso, moriré. Seré destruido. Pero no esperando a que el poder cósmico abrase mis tejidos. Moriré luchando. Es Ta más hermosa forma de morir que conozco.

—Bien, Galax. Que las supremas fuerzas universales te ayuden. Y si en algún lugar de este Cosmos se halla lo que tú buscas… ojalá lo encuentres un día, vivo o muerto. Pero recuerda siempre esto: posees todos los medios que nadie hasta ahora poseyó. Pon tu inteligencia y valor a su servicio. Y, sobre todo, esas dos cosas que te recomendé: son imprescindibles.

—Sí, lo recuerdo: Amor y Fe. Trataré de hallar ambas cosas, antes que el Manantial de la Suprema Luz…

—Es que sin ellas… nunca, NUNCA hallarás ese Manantial, Galax —sentenció, abstraído, el gran Patriarca.

*

Amor y Fe.

No, no los tenía. No conocía el uno. Había olvidado la otra.

Pero seguía. Seguía adelante. Hacia su destino, allá en las nebulosas remotas, que ningún observatorio científico era capaz de descubrir, ni siquiera de imaginar.

Galax iba hacia su meta suprema.

Y en el camino de esa meta, había algo más que soles, planetas y astros. Había mundos nuevos y desconocidos. Soles y estrellas donde, además de criaturas vivientes y mortales, había monstruos del Mal. Y Héroes, alados. Titanes rubios.

Un mundo remotísimo, inaccesible, llamado Sygar...

CAPITULO III

—Sygar. Ha llegado.

El panel luminoso se apagó en la extraña nave proyectada hacia los astros del confín universal, desde otro punto de las Galaxias.

Dentro de aquella esfera de luz y de gas nebuloso, unos ojos púrpura se clavaron en el puntito luminoso que pestañeaba sobré el panel.

—Esa es la nave de Galax, ¿no es cierto? —preguntó un murmullo humano, suave y melodioso como una música que llegase de los celestes confines no conocidos.

—Sí, Starella. Es la nave ultraluz. La envoltura de energía cósmica que traslada a Galax a través de las nebulosas y mundos.

No había nadie más dentro de la nave-burbuja. La voz brotaba de la Máquina Celeste. Era el único interlocutor de la criatura de ojos púrpura y voz musical, dentro de la esfera superveloz.

—Y ha llegado a Sygar… —repitió para sí el solitario navegante espacial.

—Sí. Ha llegado —replicó la Máquina Celeste.

—Sygar, mundo de luchas y odios… El Mal triunfa allí.

—Cierto, Starella. Triunfa el Mal. Los Héroes son aniquilados. Los Monstruos triunfan. Y en la Luna de los Muertos, la Diosa Magna controla los poderes de las tinieblas.

—Entonces, Galax no tiene posibilidades…

—Siempre se tienen posibilidades, cuando se lucha con audacia —avisó la Máquina Celeste—. Es mejor que no te confíes y esperes, Starella. Si fracasan las fuerzas maléficas de la Diosa Magna y de los Demonios invictos… entonces, ¡actúa tú con tu hermosura y tus poderes superiores!

—Está bien —suspiró la voz musical. Unas pestañas sedosas brillaron, al parpadear los hermosísimos ojos púrpura, en la penumbra azul y negra de la burbuja luminiscente, que parecía flotar en el Cosmos…, pero recorriendo millones de años-luz en simples fracciones de tiempo—. Si todo eso fracasa… Starella actuará. Y Starella nunca ha fracasado. Tampoco fracasará ante Galax, el Inmortal…

*

Las Criaturas Rosas y las Criaturas Amarillas contemplaron, asombradas, la llegada de la supernave.

Flotó el centelleo de luz radiante sobre sus cabezas. Luego, como

una nueva luna que buscase competir con las once lunas de Sygar, especialmente con la siniestra Luna Negra de los Muertos, oscura y solitaria en medio del cerco de asteroides satélites del Mundo de los Suprahumanos, se quedó la nave allí quieta, inmóvil, manteniéndose como una estrella rutilante, encima de las atónitas miradas de las comunidades temerosas.

—Mirad —dijo uno—. ¿Qué podrá ser?

—Parece un astro viajero...

—Quizá sea un supertitán, capaz de vencer a los Monstruos... —aventuró otro.

—No lo creo —rechazó uno de los curiosos—. Nadie puede vencer ya a los Monstruos. Sólo los Héroes podrían hacerlo. Y cuando el Mal paralizó su fe y su poder, todo terminó para nosotros...

La luz seguía allí, encima de ellos. Como una nueva estrella naciente. De ella escapó una estela de luz. Igual que si escapase del astro nuevo un ramalazo de polvo estelar, rutilante y platinado.

Una plataforma descendió hacia Sygar, despegándose de la luz flotante. Una plataforma cristalina, salpicada de luz. Era como un disco plano. Y dentro de él... una figura humana erguida, dorada casi, estática, escultural y hermosa. El hombre más perfecto, arrogante y poderoso, jamás visto antes. Como un titán sin alas...

El asombro mantenía inmovilizados a todos. Testigos mudos, petrificados, de un nuevo prodigio que no entendían. Ellos, frágiles y pequeños, débiles y decadentes, no podían comprender la existencia de aquel vigor físico, de aquella potencia titánica, en una estructura humana.

Descendió la plataforma o tableta de flotante vidrio luminoso, hasta posarse en un promontorio metálico, de rocas aceradas y torvas. Un firmamento de franjas violáceas y anaranjadas se iba extendiendo en la distancia, como un fabuloso e ingente arco iris.

Se diluyó la plataforma, hecha chispas de luz que se agotaron entre chispazos, en la atmósfera diáfana de Sygar. El hombre superior se irguió, hecho una estatua de vitalidad y fuerza, como un hermoso cíclope llegado de los astros.

—¿Quién eres tú, Criatura? —le preguntó alguien, en el lenguaje psicomental de los planetas, comprensible para toda mente superior.

Las células ultrasensibles del cerebro de Galax, asimilaron en seguida la lengua extraña de Sygar. Su respuesta brotó con su voz viril y profunda, dictada por sus circuitos mentales de adaptación y asimilación:

—Galax. Vengo de muy lejos.

—¿Y adónde vas?

—Más lejos aún. A la Nebulosa Infinita.

—¡La Nebulosa Infinita! ¡Imposible, humano! Nadie llega hasta

allí. Nadie llegó jamás.

—Yo llegaré.

—Ese privilegio sólo está reservado a los Inmortales

—Yo soy Inmortal.

—Aun así, nunca llegarías.

—¿Quién iba a impedírmelo? —sonrió Galax, sin soberbia, pero con arrogancia.

—El Mal.

—¿Dónde está el Mal?

—Allí —dijo alguien.

Galax miró adonde le señalaba una Criatura Amarilla. Y vio al Mal. O, cuando menos, a algunos de sus fieles y temibles servidores..

—Los Monstruos... —dijo ásperamente.

—Sí, son ellos —afirmó otro—. Hace tiempo que no venían. Desde la última derrota de los Ángeles. Vienen por ti, Galax, hombre inmortal.

—Lo sé —afirmó él—. Y les espero...

Los Monstruos se le vinieron encima, aleteando con sus membranosas alas de murciélagos rojos y gigantescos. Un clamor estridente y ensordecedor llenó los cielos de Sygar. Resplandores rojos lo invadieron todo, como en una invasión de crepitante fuego infernal.

Galax, bañado en esa luz del Averno, esperó a pie firme, erguido sobre las negras rocas de metal, en el promontorio, a los entes diabólicos, llegados de los límites del satánico dominio ignoto...

*

Los pájaros del infierno cayeron sobre él. Máscaras humanoides, mezcla de *griffos* mitológicos, de gárgolas rojas y espeluznantes, flotaban sobre cuerpos velludos, rojizos, de membranosas alas desplegadas, de garras en-garfiadas, de cruel expresión satánica.

Galax, simplemente, elevó sus brazos a los cielos dantescos de ahora. Su figura titánica pareció hincharse armoniosamente. Sus músculos de cíclope se desarrollaron en esfuerzo colosal.

Sus manos, con dedos como resortes de acero, aferraron las alas extendidas del primer Monstruo que llegó a él. Estrujó rabiosamente, poniendo en ello su fuerza demoledora. Cada tendón, cada músculo y nervio, desplazó cargas furibundas de fuerza cósmica. Y las alas se desgarraron como papel, flotaron a jirones. El ente alado, con un alarido, cayó a sus pies. Galax puso su pie sobre él, inmovilizándole. Luego, una de sus manos se alzó, su brazo musculoso apuntó a la legión alada que le rodeaba.

En su mano había algo ahora. Algo frío, centelleante, rígido y

metálico. Algo que proyectó una chispa cegadora de luz azul. Luego esa chispa se hizo blanca.

Y, ante el pasmo colectivo... los Monstruos se convirtieron en simples sombras blancas, como simples radiografías lineales, fantasmales, de aquellas estructuras diabólicas. Y después, nada...

El grupo de Monstruos, en su gran mayoría, había desaparecido.

Del centenar inicial, apenas si revoloteaban, indecisos y aturdidos, en torno al enorme claro dejado por los exterminados de tan extraño modo, cosa de una docena de ellos. Dos demonios, rápidos, se situaron a espaldas de Galax. Se lanzaron, sibilantes, sobre él, llameando las extremidades de sus dedos, con fuego que brotaba de sus corvas y duras uñas, como garras de fieras voraces...

Ese fuego pareció estallar sobre la epidermis dorada de Galax, igual que llamaradas de ilusión, sin quemarle ni herirle. Rápido, Galax se volvió, y su cuerpo elástico, invulnerable, se precipitó, en un salto agilísimo, increíble, de enorme altura, sobre las formas aladas agresoras.

Triunfalmente, montó a uno de los Monstruos, se puso a horcajadas sobre él, cabalgando al igual que encima del mítico Pegaso pudiera hacerlo un dios del Olimpo. Aulló el demonio así humillado, se retorció en el aire, crispado el rostro escarlata, como si la presencia de Galax en sus espaldas le causara dolor y humillación sin límites. Pero como un potro violento, salvaje, pareció ceder, ser dominado. Aulló, vencido, rota su resistencia feroz. Y espoleó Galax a su fantástica, alada montura, contra la legión de Monstruos restante, cual reencarnación de un arcángel insólito.

La visión delirante, majestuosa y fantástica a la vez, dejó boquiabiertos a los habitantes de Sygar, fuese rosada o amarillenta su epidermis, fuesen pequeños o mayores. Ante ellos, un hombre, un solo hombre, de fuerzas titánicas, había logrado sobreponerse a las legiones de Demonios.

Estos, desorientados, revoloteaban como ciegos murciélagos en el cielo llameante de las potencias infernales. Sobre todos ellos, magnífica e impávida, la silueta broncínea, dorada, del musculoso y bello Galax, era como la estatua misma de un dios, elevándose en la gloria de su triunfo.

Y, por si ello fuera poco, emergieron del espacio escarlata blancas y estilizadas siluetas, cuerpos titánicos, dotados de alas purísimas.

Los Héroes acudían a su lucha eterna contra las fuerzas del Mal.

Pero, por primera vez, llegaban tarde. Un poco tarde para el choque que podía haberles sido funesto. Eran pocos. Una veintena de titanes de alas desplegadas, luminosas, de rostros hermosos, de dorados cabellos y miradas puras. Muy pocos contra el poder creciente de los remotos infiernos cósmicos...

Los Monstruos huyeron, vencidos. Solamente se mantuvieron, como figuras patéticas de un desastre, símbolos de una derrota increíble, el demonio de alas desgarradas, debatiéndose en tierra como un águila herida, y aquel a quien montaba Galax, a guisa de alado Pegaso olímpico.

Los Héroes rodearon a Galax. Este hizo descender, lenta y vencida, a su aérea cabalgadura. La dejó boca abajo en el suelo cárdeno de Sygar. También puso un pie sobre él, y ya el Demonio no se movió. Era como si las refulgentes botas, de aladas vueltas, de Galax tuvieran un poder mágico, capaz de inmovilizarles y vencerles.

—Tú eres el Inmortal, si los Oráculos de los Tiempos no mintieron —dijo un Héroe.

—Sí —afirmó Galax—. Yo soy el Inmortal.

—Venciste a los Monstruos del Mal.

—Estaba escrito.

—Estaba escrito, sí. Pero ¿qué arma utilizaste contra ellos?

—Una que vosotros no conocéis: la violencia, la furia, el odio acaso, no sé.

—Violencia, furia, odio… —se estremeció el Héroe—. Cielos, palabras nefastas y terribles. El Universo no puede salvarse así del Mal.

—Es cierto. Pero, por ahora, tampoco se salvará por la bondad, la dulzura y la nobleza. Esas son vuestras armas. No, no son válidas, por hermosas que ellas sean. Y yo prefiero un triunfo injusto a un fracaso lleno de heroísmo y dignidad. Por ello utilicé mi poder cósmico, concentrado en rayos destructores, desintegrantes…

—Desintegraste a esos siervos del Mal. Pero eso no vence al Mal —argumentó, triste, el alado ser.

—La guerra enseña una lección —replicó Galax, en el lenguaje mental de los seres del Cosmos—. Y también un viejo juego ancestral de mi mundo, llamado «ajedrez». Derribando enemigos que defienden a un monarca adversario, al final ese monarca se rinde o muere, solo en la batalla. Derribando peones, un rey cae sobre el tablero porque no tiene defensas en torno.

—No entiendo bien tus palabras, pero comprendo su sentido. Los Héroes no nos enfrentamos con la violencia, sino con la ternura y la confianza en mundos mejores, sin odios ni luchas…

—Eso se gana, precisamente, odiando y luchando —suspiró Galax—. Es la paradoja de la vida. Para vivir, otros han de morir. Terriblemente, pero cierto. Cuando los mundos sean todos habitados por gente buena, vuestra teoría será posible. Mientras tanto, los viles siguen venciendo. Y eso hay que evitarlo. Es el primer paso.

—El primer paso… ¿hacia dónde?

—No lo sé. Hacia el Bien, quizá. Hacia la perfección, acaso. No

puedo saberlo.

—Luchas sin tener una razón ni una respuesta... —serenos ojos claros le miraron con tristeza—. Es penoso. Pero eres fuerte. Muy fuerte. Acaso tengas tú razón. Sería penoso también.

—No te lo discuto. Me gustaría luchar noble y limpiamente. Ellos no lo harían —señaló a los vencidos, a los Monstruos sojuzgados—. Como tampoco hablarán sin dolor.

—¿Qué quieres decir? —se asustó el Héroe.

—Si no quieres sufrir, vete. Ve con tus hermanos alados a lugares donde los gritos de estos dos demonios vencidos no hieran tus oídos y tus sentimientos.

—No pensarás en... torturarlos —se horrorizó el alado y angélico ser.

—¿Por qué no? —Galax se encogió de hombros.

—Porque sería... cruel.

—El ser humano es cruel. Siempre lo fue.

—Es monstruoso, Galax. No es digno de un ser noble y honrado.

—El hombre olvidó, hace muchos siglos, lo que era ser noble y honrado. Este no es el momento para ser recordado.

—Es un abuso de poder, de autoridad. Un abuso del derecho del triunfador...

—El triunfador abusó siempre de sus victorias, allá en mi mundo. El hombre siempre ha usado ferozmente del poder y de la autoridad conferida. No, amigo. No esperes nada bueno ni honesto de nosotros, los entes humanos. Si alguna vez fuimos como dices, eso se quedó atrás, en la noche de los tiempos.

—Tú parecías diferente... —se quejó el alado ser.

—Quizá llegue a serlo un día. Aún no. No he dejado de ser humano. No he dejado de tener sus mismas lacras y defectos. La inmortalidad y la condición físico-mental superior, no me han hecho aún distinto a mis semejantes. Lo siento. No soy perfecta. Si lo fuese... no sería humano.

—Sólo el Creador, que está por encima de todos nosotros, es perfecto —admitió tristemente el Héroe—. Pero llegué a pensar que tú... intentarías, cuando menos, tratar, de ser a su imagen y semejanza.

—No. Ni lo he intentado siquiera. Ya ves que no me justifico.

—Torturar a otros seres, aunque sean perversos y malignos... —se estremeció el Héroe. Miró, compasivo, a los vencidos—. Señor, no... No puedo comprenderlo

—No quiero que lo comprendas. Ni que lo justifiques o disculpes. No quiero nada. Sólo que lo olvides. O que cierres tus ojos puros y te alejes de aquí. Sí, voy a sacarles la verdad por el dolor físico. Es cruel, es perverso, es indigno. Pero es necesario. Hace mucho, muchísimo

tiempo, uno de mi mundo dijo que «el fin justificaba los medios». Ciertamente, no debía ser un buen hombre, sobre todo a juicio vuestro. Pero era inteligente. El hombre inteligente nunca es bueno ni honrado, me temo. Bien: mi finalidad, justifica todos los medios.

—¿Todos? —dudó el Héroe.

—Casi todos —suspiró Galax—, O, cuando menos, los justifica ante mí y mi conciencia. No pido más. Vete, amigo. Deja que haga las cosas a mi modo, puesto que no resultaron al tuyo.

—Y tu modo… será despiadado —se quejó el alado personaje de Sygar.

—Ellos tampoco conocen la piedad —señaló a los dos vencidos seres de las regiones diabólicas.

—Pero en eso te compararás también a ellos. Serás como ellos. ¿Eso es justo, Galax, si se defiende la razón?

—Tal vez no. No pretendo ser justo. Sólo deseo vencer. Y la victoria sólo existe así en la guerra: siendo tan cruel como los demás.

—Entonces… prefiero seguir perdiendo —se elevó, agitando sus alas, imagen de oro y nácar, de pureza y espiritualidad—. Incluso siendo derrotado, Galax… se puede sentir uno victorioso.

—No soy un ángel. Solamente un hombre —habló Galax—. Y hay momentos en los que incluso perder o vencer es secundario. Lo importante es sobrevivir.

—¿No estará en la muerte la auténtica supervivencia? —dudó el Héroe.

—No lo sé —suspiró Galax—. Quizá. Pero yo quiero ser inmortal. Estoy a punto de serlo. Falta algo, muy poco. Quiero alcanzarlo. Y espero conseguirlo, incluso por encima de las Fuerzas del Mal.

El alado no dijo nada. Sobrevoló el campo de batalla, bañado en luz escarlata, infernal. Luego, su aleteo de oro se perdió en la distancia, entre nubes desgarradas y purpúreas.

Galax se inclinó sobre los vencidos. Los Monstruos le contemplaban, atemorizados. Estaban inquietos. Sabían que él no era un Titán alado. No esperaban nada bueno de su vencedor.

—¿Qué pretendes? —jadeó uno de los vencidos.

—Saber de dónde vinisteis. Y quién os envió contra mí. Quién os envía contra Sygar, en suma.

—No hablaremos nunca —dijo el otro Monstruo vencido—. El dolor no puede arrancarnos una sola palabra. Somos demasiado fuertes para ello, hombre llegado de lejos.

—Lo imaginaba —sonrió Galax—. La piel dura del perverso, el cuerpo del Mal, insensible a la tortura, porque él mismo es tortura viva… Pero, ¿y vuestras mentes?

—¿Qué… qué quieres decir? —gimió el que hablara primero.

—Creo tener la forma de venceros, de causaros dolor, de obligaros

a hablar.

—Nunca lo conseguirás —rechazó el otro ser de las tinieblas—. ¡Nunca, maldita criatura lejana!

—¿No? —Galax se inclinó sobre él, dominante—. ¿Crees que no poseo suficiente poder para arrancaros la verdad que busco, por medio de vuestros cerebros, torturados a mi voluntad?

—Nadie puede conseguir tal cosa, ni siquiera en Sygar —rechazó el Monstruo, despectivo.

—¿No? —Galax alzó sus manos con lentitud—. Veremos...

Y en una de ellas aparecía ahora un arma extraña, que los demonios vencidos miraron con repentino pavor. Era una especie de singular tubo ovoide, acerado, con un orificio de salida, del que brotaba una luminiscencia suave, mortecina. Lo asestó sobre ellos, con gesto enérgico. Los demonios esperaron, sin saber lo que podía suceder. Un dedo de Galax apretó un resorte, en la parte posterior del objeto ovoide. Era un botón dorado, que provocó un suave, tenso zumbido. No ocurrió nada, en apariencia. Del aparato, visiblemente, no brotó cosa alguna.

Pero apenas lo asestó Galax sobre los demonios, centrando la recta de su orificio sobre las cabezas de los vencidos, éstos chillaron agudamente, empezando a revolcarse, con aparente expresión de dolor insoportable.

El leve zumbido se elevó de tono, cuando Galax hizo mayor su presión en el botón dorado. Interiormente, la luminosidad del raro adminículo había aumentado. Los demonios se convulsionaban en el suelo, como en espasmos. Sus rostros eran máscaras delirantes, escarlata, de vivido, violento dolor.

—Es un error soportar esto —dijo Galax glacial—. El Gran Patriarca me dotó de armas capaces de vencer incluso a los servidores del Mal. Esta es una de ellas. Sus rayos de ultrafrecuencia están conectados con el funcionamiento celular del cerebro. Eso provoca en éste un terrible efecto sobre sus centros nerviosos. Incluso los seres como vosotros tenéis nervios. Sois demasiado semejantes a nosotros, los humanos, para no disponer de una estructura biológica similar. Puesto que el Hombre es principio y fin del propio Mal y del Bien, tenía que suceder así.

—No, no... —jadeó uno de los vencidos—. Perdón... ¡Perdón, Galax, y deja de martillear nuestros cerebros con ese maldito objeto!

—No podéis quejaros de mí, ni acusarme de nada —rió Galax—. Si el dolor es malo, el Mal sois vosotros. Le servís fielmente. Yo me limité a volverlo contra vosotros. Es sólo una transposición de valores, una posible subversión de los hechos establecidos. Era hora de que la supuesta armonía universal se cambiara para alterar el curso de los acontecimientos, ¿no os parece?

—Por favor... ¡No sigas! —aulló uno, revolcándose, con las zarpas aferrándose a su cabeza penosamente—. ¡No, no lo hagas! ¡No soporto más!...

—El verdugo clama cuando su cabeza va a ser cortada en el cadalso —rió Galax. Imperturbable, siguió asestando el invisible rayo sobre las cabezas de las demoníacas criaturas.

—Seguiré bombardeando vuestros cráneos con esta energía, si no habláis. ¡Pronto! ¿Dónde está vuestro punto de origen, quién os dirige y controla? ¿Dónde hallar al culpable de que el Mal reine en Sygar, y sea como una barrera que separe lo desconocido de este mundo remoto, casi en los confines del Universo?

Uno de los demonios, exhausto, vencido, respondió de repente, iniciando la revelación. La gran revelación para Galax:

—La... La Diosa Magna... La Luna de los Muertos... De allí llegamos...

—La Diosa Magna —recitó Galax—. Y la Luna de los Muertos...

Sus ojos buscaron algo, sin encontrarlo, en el rojo cielo infernal.

CAPITULO IV

La Diosa Magna se apartó, altiva, cerrando el gran visor cristalino, en forma de inmenso y rutinante diamante irisado.

—¡Galax! —masculló, con voz profunda, vibrante, que hizo temblar los muros de vidrio que la rodeaban—. Es él...

—¿Galax? —indagó Dorada—. ¿Quién es?

—Galax... El Inmortal.

—¡El Inmortal! —Púrpura exhaló un suspiro, y sus rojos y glotones carrillos temblaron, casi tanto como sus voluminosos senos de matrona paradisíaca—. No es posible...

—Sí, es posible —afirmó la Diosa Magna—. Viene hacia acá.

Hubo un revuelo. Las Siete Sirenas del Mal en Argón se agitaron, en sus mullidos lechos de vidrio blando, suave y amorfo, restallante de colores dignos del más bello Arco Iris imaginado.

—¿Para qué viene el Inmortal? —gimió Platinada—. Dicen que si el Inmortal llega alguna vez a la Luna de los Muertos...

—...La Muerte será vencida, los que murieron resucitarán de sus tumbas, y nosotras... ¡nosotras, Sacerdotisas del Templo del Mal, MORIREMOS! —gimió, asustada, Púrpura.

—Exacto —afirmó, con sonrisa maligna, la Diosa Magna, moviendo su cuerpo escultural, arrogante y vigoroso, entre las vítreas columnas curvadas del Palacio del Mal—. Pero nosotras, todas, estamos aquí para algo, ¿no es cierto? Y nuestra Corte de los Espectros, también. ¿O acaso no?

—Oh, sí... —rió, sutil, la pérfida Sirena Púrpura—. El Oráculo de los Tiempos dice que el Inmortal puede destruir la Luna de los Muertos... o ser destruido, si es demasiado débil de carácter, por el Mal y por la Muerte.

—Eso quería recordaros —gloriosamente hermosa y cruel, la Diosa Magna, envuelta en sus sedosas galas vítreas, que flotaban como un vaho cristalino en tomo a sus curvas esplendorosas, y subían, formando aquella caperuza con halo luminoso, sobre su cabeza de largos cabellos color vidrio verdoso, se paseó entre las Siete Sirenas del Mal, lascivas y perezosas en sus lechos de vidrio maleable y dúctil como espuma viva—. El Inmortal no es aún sino una leyenda en ciernes. Todavía no alcanzó la suprema gracia de ser besado por la Luz Suprema. Puede morir, aunque esté en camino de ser criatura eternamente joven y viva. ¡Y morirá aquí, en la Luna de los Muertos!

*

La Luna de los Muertos...

—Bien aplicado el nombre —suspiró Galax, bajando de su nave de energía lumínica pura para poner el pie en las brumas flotantes, platinadas, de la superficie de aquella oscura luna alumbrada solamente por los reflejos del Sol Vulcán, perdido en la inmensidad de la Ultragalaxia—. Es como un inmenso cementerio...

Miró en derredor, impresionado por aquel lugar obsesivo, de pesadilla. Góticos, extraños y puntiagudos templos de piedra viva, imitando arquitecturas remotas y fantásticas, como la obra de un orfebre demente, se elevaban en un ámbito tenebroso, de luz y sombra, de silencio y de inquietudes.

El vaho emergía de la tierra negra, como hecha de carbones de ónix, de vidrios de azabache, en los que se hundían sus botas aladas, capaces de hacerle saltar grandes alturas o lanzarse en vertiginosos brincos de enorme distensión.

Los ojos de Galax eran ojos curiosos, inquietos y recelosos a la vez. Escudriñaban aquella imitación natural, creada por cósmicas fuerzas ignoradas, de piedras negras y cristalinas, imitando formas de arquitectos medievales de un mundo convulso, demencial.

Y allá, a los pies de tan extraños y delirantes monumentos, se extendían las tumbas. Miles, millones de tumbas. En ellas, tras el vidrio translúcido, como hielo empañado, cuerpos de hombres y mujeres, de criaturas y ancianos. Cuerpos. Cadáveres. Muertos...

—Muertos... —susurró Galax, estudiando, impresionado, aquel pavimento increíble, aquel suelo urbano, entre edificios y silentes, de piedras retorcidas y crispadas, de negra vidriosidad en espasmos petrificados, que estaba formado de tumbas y de muertos, en una ciudad sin vida ni sonidos.

Se inclinó, haciendo flotar los vapores rápidamente, elevándose del suelo, reptando por sus piernas musculosas, de vigor y de fuerza de titán. Frotó el vidrio, sin lograr nada. Eran como cuerpos en permanente congelación, como un fabuloso planeta de hibernación. Muertos, muertos y muertos... Una luna destinada a los que murieron en Sygar.

Y gobernando sobre ellos, un ente de pesadilla. Una hembra hermosa y feroz, satánica y complaciente a la vez. Había oído hablar de ella: La Diosa Magna. La Reina de los Muertos. Y la Sacerdotisa del Mal.

—De aquí surgen los Monstruos que asolan Sygar y terminan con los Héroes guardianes de la paz y de la vida de los humanos de este Sistema —musitó Galax. Miró en torno—. Dios, qué lugar abominable y atroz... Es como una inmensa trampa, todo él... ¿De dónde llegará el peligro? Porque éste existe, no hay duda de ello...

No. No había duda. El peligro existía. Se podía materializar en

cualquier momento. Y se materializó.

Fue un repentino estallido cristalino el que avisó a Galax. Luego, otro. Y otro. Y cien más...

Retrocedió un paso, alucinado. Sacudió la cabeza, perplejo.

—No... —jadeó—. ¡No puedo creerlo!...

Pero estaba sucediendo. Eran los enemigos. El peligro oculto. Allí mismo, cerca de él. A sus pies, exactamente.

Los Muertos.

Los seres sin vida, rígidos y helados bajo su caparazón de vidrio translúcido, estaban levantándose todos. Como en un anticipado Juicio Final, sin trompetas de Apocalipsis... ¡los difuntos de Sygar, enviados a la Luna de la Muerte por la ley que regía sus destinos, estaban despertando del sueño eterno!

Resucitaban... para atacarle.

Galax lo comprendió en seguida. Vio sus rostros descarnados, sus cuerpos lívidos y enjutos, desnudos muchos de ellos. Moviéndose hacia él, como espectros del infierno mismo. Como almas perdidas, como zombies o muertos-vivos, o no-muertos... ¡rodeándole por doquier, con expresión vacía, con rostro carcomido por la muerte, con ojos vaciados por la descomposición, con carnes fláccidas y devoradas por la corrupción!

Y ya no eran dos, ni diez, ni cincuenta, ni cien. Los había por doquier. Centenares, millares de muertos, levantándose de su cementerio espacial, avanzando hacia Galax, para llevarle, sin duda, a un destino atroz e insospechado.

—No... —masculló Galax, sintiendo un sudor helado en su rostro de bronce vivo—. Vine a luchar contra toda clase de criaturas VIVAS... Pero no sé cómo hacerlo con los muertos. ¡No puedo defenderme de esa legión horrible de cadáveres vivientes!

Y éstos, como una inexorable horda llegada de las tinieblas, le rodeaban, se acercaban, se iban aproximando más y más a él, hasta que muy en breve, le arrollasen con su siniestra y espeluznante presencia...

*

Galax creyó llegada su última hora.

Pese a todo su poder físico y mental, pese a la fuerza cósmica de su cuerpo, ¿qué podía hacer un hombre, una criatura humana, contra los muertos? ¿Qué puede hacer un Inmortal ante la propia Muerte, convertida en azote despiadado y feroz?

Los rostros descarnados, lívidos, carcomidos por la podredumbre de la muerte, estaban muy cerca de él. Parecían flotar en la noche del satélite lúgubre de Sygar, donde solamente eran destinados los

muertos, para su reposo de siglos, en sus tumbas de vidrio. Un mundo para el destierro de los difuntos... y de las mujeres malditas, como la Diosa Magna, con su brujería pecaminosa, con su corte infernal de las Sirenas del Mal.

Allí, solamente brujas, hechiceras, muerte y fuerzas maléficas, podían residir, en eterno aquelarre. Y Galax, visitante indefenso de un mundo de difuntos y de negruras, estaba sentenciado a morir también, frente a enemigos que no podían ser muertos... ¡porque habían muerto ya con anterioridad, y sólo algún poder tenebroso y maligno podía moverles de sus tumbas!

La idea golpeó brutalmente a Galax, ya cuando los difuntos, con su helado y fétido hedor, le rodeaban, en convulsa, dantesca masa aniquiladora. El se revolvió, furioso, la mente fija en la idea súbita que llegara hasta el fondo mismo de su cerebro:

—Un poder tenebroso y maligno... ¡Un PODER!...

Entonces creyó entender. Y luchó como había que hacerlo.

No era solución lanzarse sobre los difuntos, golpear sus cuerpos vacilantes y fétidos. Sabía que era inútil. Podría descomponer, convertir en pura putrefacción informe a docenas de ellos. Los demás, en número de miles, le aplastarían, le envolverían en su gélido manto hediondo, hasta darle muerte por asfixia, por náusea, por horror, por el mismo frío de muerte que sus cuerpos desprendían, como un vaho estremecedor y helado.

—¡Apartaos! —rugió, extendiendo sus manos, empujando a los dos cadáveres más cercanos, en cuya carne fofa, podrida y blanda, se hundieron los dedos, agrietando la carne, hasta que por ésta brotó el humor viscoso, maloliente y nauseabundo de su interna descomposición—. ¡Apartaos, desgraciados difuntos, autómatas sin vida, movidos por una mente superior! ¡No sigáis avanzando! ¡Os lo ordeno yo, Galax! ¡Y el poder de mi mente es superior al de cualquier otra fuerza mental que os mueva! ¡Quietos todos! ¡QUIETOS ahí mismo, en seguida!

Fue como un prodigio. Todos se quedaron quietos. Rígidos, sorprendentemente inmóviles, como si el helado aire de la noche eterna de la Luna de los Muertos, hubiese petrificado sus repugnantes cuerpos en proceso de corrupción.

A Galax le dolían terriblemente las sienes. El esfuerzo mental era tremendo. Dentro de su cráneo, mil punzadas lacerantes parecían clavar saetas de acero en su cerebro. De éste, sin embargo, brotaba una fuerza vital, terrorífica, desconocida y vigorosa. El prodigio de la energía cósmica, acumulada en sus células vivas, conseguía que de su masa encefálica, de sus centros mentales, partiera un fluido, una fuerza, una onda expansiva y potente, que paralizaba a cualquier otra, que frenaba cualquier posible energía procedente del exterior, y,

como dos aceros chocando en el aire, en un remotísimo duelo perdido en los confines del tiempo, creaba un campo de restallante furia, de choque mortífero que, como sucediera siempre, desde que los mundos eran mundos y las criaturas vivas luchaban entre sí con cualquier clase de armas o ingenio, se decantaba, por fin, del lado de aquel que era más fuerte o que dominaba su arma con mayor pericia y agilidad.

En el caso actual, esa persona, sin duda alguna, era Galax.

Y Galax triunfó.

Los muertos estaban parados. Detenidos, inmóviles. Algo, en su interior, una energía remota, moviendo algo vital en aquella materia en putrefacción, pretendía moverles. como un ejército dantesco de criaturas letales. Pero esa energía había chocado con otra superior: la de la mente de Galax, el ser dotado de poder cósmico.

Necesariamente, el duelo tenía que tener un vencedor. Lo tuvo: Galax.

El se dio cuenta en seguida, apenas vio que su solo impulso frenaba a las fuerzas de ultratumba desencadenadas contra él.

Luego, hubo un momento de tensión. Galax contempló, compadecido, a aquellos infelices, movidos de sus tumbas para nada. Les dio una fría orden, llena de piedad y ternura:

—Volved a vuestras tumbas. Volved al reposo eterno. Mueran en vuestros cuerpos todas las células activas, posiblemente activadas por un poder mental maligno. Y que la paz de la verdadera muerte sea con vosotros, pobres difuntos...

Sucedió algo pasmoso.

Lenta, pasiva, inexorablemente, los muertos se volvieron. Hileras de millares de ellos, ejércitos dantescos y malolientes de cuerpos en corrupción, dieron vuelta y regresaron a sus fosas de vidrio translúcido. En medio de una calma y un silencio alucinante, Galax, llegó pronto a encontrarse solo. Ordenada, dócilmente, la legión de muertos regresó a su punto de partida.

Poco después, en la Luna de la Muerte, la noche era más oscura y vacía, pero menos fría, acaso. Bajo losas de translúcido vidrio como hielo, cadáveres en reposo esperaban ya el momento del Juicio Final. Hasta entonces, Galax estaba seguro, ninguno de ellos volvería ya a levantarse, fuese cual fuese el prodigio mágico o científico que en sus pobres cuerpos intentase alguien.

Alguien como la Diosa Magna, por ejemplo...

—La Diosa Magna... —recitó Galax en voz alta, elevando su mirada a las cimas pétreas, agudas y afiladas como torreones de inmensas y extrañas catedrales góticas, allá en un medievo remoto, de la ciudad basáltica y fantasmal del Satélite de la Muerte—. ¿Dónde, perversa mujer, diosa, hechicera o bruja, te encuentras ahora?

Un bramido formidable estalló ante Galax. Y una voz respondió,

clamorosa, retumbando en los negros cielos de la luna de los difuntos de Sygar:

—¡Aquí estoy, Galax!

*

Fue como pasar de la noche al día, de la muerte a la vida, del cementerio al palacio, del yermo al jardín, del ascetismo a la lujuria, de lo monacal a lo profano y perverso.

Fue todo eso y más. El salto de las tinieblas a la luz.

Pero si las tinieblas eran heladas y sombrías, la luz era gélida y maligna. Desde el inmenso y alucinante cementerio de la Luna de los Muertos, saltó Galax, como movido por una magia superior, a una región de claridad y esplendor, de lujo y de exuberancia. Pero allí había también algo frío y malvado. Acaso eran ellas mismas.

Ellas...

Las ocho mujeres.

La Diosa Magna y su Corte de Sirenas. El Espíritu femenino del Mal, y su pléyade maldita de Malignas, simbolizados en hembras de belleza arrebatadora, pero frígidas y remotas como fulgores de estrellas inaccesibles.

—¿Dónde estoy, Diosa? —preguntó.

—Llámame Magna, y no diosa. Llámame amante, y no enemiga —susurró ella, voluptuosa.

Galax la contempló, retorciéndose en su lecho esponjoso, de burbujas de vidrio flotante. Alrededor, en un serpentín de colores flotantes, que formaban bandas en espiral, de vapor luminoso, flotaban ellas, las Sirenas.

Dorada, Púrpura, Platinada, Escarlata, Azabache...

Hembras flotantes en luz y color, cuerpos de formas turbadoras, de sonrisas sádicas, de miradas eróticas y sinuosidades narcisistas... Cuerpos que eran, a la vez, forma y símbolo, materia y provocación. Una bellísima Corte, que ocultaba, bajo los atractivos de lo perverso, la sentencia tenebrosa de la demolición.

Galax no era un demolido. No podía serlo. No quería serlo, además. Sabía dominar sus instintos, sus apetitos, sus deseos. Sabía vencer a la carne. El era energía, cerebro, fuerza y vitalidad. Acaso podía llegar a ser un día amor y fe, como dijera el Gran Patriarca. Pero no aún. No amaba a nadie. Ni siquiera a las supremas sacerdotisas de la tentación hecha carne de mujer lasciva. No tenía fe en nada. Ni en aquellas tentaciones vivas, sonrientes y voluptuosas, por supuesto. Ni siquiera en que algo —o alguien— le ayudase a alcanzar la Luz Eterna, el cósmico Manantial de Juventud.

Galax miró a las Sirenas. Sus ojos helados pasaron sobre ellas,

sobre sus formas esplendorosas, hechas pura provocación y total absorción de los sentidos. No se alteró su frigidez. No dejó de ser dueño de sí mismo. Dejó atrás, incluso, aquellas siete diosas paganas del pecado. Se enfrentó con la dama del translúcido atavío de vidrio vaporoso y elástico. Su mirada siguió aquella silueta de ensueño, verdadera representación viviente del espíritu de Eros.

—Amante o enemiga, ¿qué significa? —preguntó Galax—. Hay quien puede ser ambas cosas, Diosa.

—Para ti, seré Magna —avanzó hacia él, moviéndose lascivamente, enroscando de forma voluptuosa sus brazos y piernas, de nácar puro, vivo y palpitante. Ojos de oro brillaban, sensuales, fijos en él. Músicas celestiales y embriagadoras parecían martillear los oídos del hombre de las Galaxias, con martilleo melódico, medio soñador, medio obsceno—. Deseo ser tuya. Y que Galax sea mío. Lo dicen los astros remotos. El que, siendo varón, venza al poder mental de la Diosa Magna, tendrá derecho a sus caricias y su amor, a su entrega y sumisión. Yo no cambio el curso de las estrellas ni sus oráculos, Galax. El Inmortal soñado eres tú. Venciste mi fuerza mental, que movía a los muertos, sacándolos de sus tumbas. Ellos fueron mi mejor ejército hasta pisar tú mi Luna. Ahora, soy tuya. Sólo tienes que tomarme. Esclava, sierva, amante y admiradora, Galax. Los dioses eligieron a su criatura predilecta, y yo acepto su elección. Tú eres ahora mi sueño, por los siglos de los siglos… Amo y señor de la Diosa Magna, de las Sirenas del Mal, de la Luna de los Muertos… ¡Futuro señor supremo de Sygar y Argón, poder del sol Vulcán, fuerza del Cosmos infinito, mi amor!…

Se precipitó en sus brazos. Le besó, apasionada.

Galax la apartó de repente. Con furia casi. La empujó. Derribó a la hermosa mujer, envuelta en vidrio vaporoso. Ella gritó, despechada, humillada. Galax avanzó. La miró, colérico. Luego, sus manos se movieron en el aire. Sus brazos poderosos, de músculos de acero, aferraron algo sutil, casi invisible, que, entre los brazos de la Diosa Magna, se enroscaba en torno a su cuello.

Una serpiente flotante, de materia vidriosa, transparente… y VIVA.

—Harpía, falsa mujer maligna… —jadeó Galax—. Tus pérfidas artes de hechicería caigan sobre ti y tus gentes nefastas…

—No, no… —suplicó ella—. ¿Qué… qué haces, amor mío, Inmortal…?

—Usar tus propias armas… ¡Contra ti y contra tu gente! —rugió el hombre de las estrellas.

Y de modo inesperado, la culebra dé vidrio palpitante y vivo, fue como una tralla en su mano. La descargó contra la Diosa Magna. Ella chilló, despavorida, alzando sus brazos. A espaldas de Galax, siete Sirenas hermosas y llenas de voluptuosidad, retrocedieron cuando

intentaban caer sobre él. Sus alaridos hirieron el aire quieto J de la noche de aquel satélite fantástico.

Las Sirenas del Mal pretendieron caer de improviso sobre él, con sus afiladas uñas corvas por delante. De esas uñas brotaban chispas de luz helada. A su contacto, hasta los pájaros multicolores, de trinos melódicos, del bello jardín nocturno de la Diosa Magna, se convertían en goteantes estatuas de hielo cristalino.

Galax no sufrió el encantamiento de su poder siniestro. Ya la sierpe viva, en los fuertes dedos de él, se transformaba en un látigo centelleante que, al caer sobre la Diosa, convirtió el chillido de ésta en un estertor horrible. Y su cuerpo todo, hermoso y cautivador, en una negruzca forma purulenta, cubierta de pus, de biliosos humores amarillentos, de humo hediondo...

La hermosa cara de seducción de la Diosa Magna se hizo una calavera horrenda, deforme, y sus cabellos fueron millares de víboras, como la Medusa de la Mitología terrestre...

Se retorció, bajo los latigazos de la forma eléctrica movida por Galax. Y en medio de un resplandor, de una humareda acre, se hizo toda ella cenizas y pavesas malolientes, que flotaron en el aire.

En torno a Galax, siete' bellísimas Sirenas del Mal se convirtieron primero en monstruosos animales, como sapos escamosos, despidiendo un hedor intolerable. Luego, entre sonidos monstruosos, se hicieron simples charcos apestosos, despidiendo vapores turbios al aire...

Galax soltó la víbora de vidrio viviente. Al salir de sus dedos, se transformó en una rara paloma plateada, que se perdió en la noche, hasta ser sólo una luz, un brillo más de alguna remota estrella.

A su alrededor, la Luna de los Muertos fue más silenciosa y solitaria que nunca. Todo el maléfico poder acumulado en ella, había desaparecido.

—He triunfado —jadeó Galax, mirando a esos astros brillantes y lejanos, a la luminiscencia de una galaxia aún remota que, quizá, era el umbral para lo Inalcanzable. Para la Luz Eterna... Añadió, alzando los brazos vigorosos, abiertos sus dedos, en patético ademán—: ¡He triunfado! Las armas de la voluntad y de la decisión siguen siendo las más fuertes todavía... Señor, si es cierto que estás en alguna parte aún no explorada de esta Tu obra... ¡espero llegar cerca de Ti! Deseo ser realmente inmortal, si lo merezco, para defender el Bien en el Universo. ¡Y confío en llegar a serlo, si no me faltan las fuerzas, ahora que me siento más cerca que nunca de lo Inalcanzable...!

*

—Más cerca que nunca... Sí, eso es cierto. Y bien cierto.

—Entonces..., ¿a qué esperas?

—¡Calla de una vez! —se enfureció ella, ante la Máquina Celeste —. Sé lo que debo hacer.

—Si tardas mucho, posiblemente sea ya demasiado tarde para ello...

—¡Ninguna Máquina me dirá lo que yo tengo que hacer! — protestó Starella.

—Yo, sí —le replicó la Máquina Celeste—. Queda poco tiempo. Muy poco. Venció a los Monstruos, a la Diosa Magna, a las Sirenas... ¿Quién queda ya, entonces?

—Yo ¡Starella! —repuso la cosmonauta—. Yo lo im- -pediré.

—Has de enfrentarte a Galax. Es el Inmortal.

—No. Aún no lo es. ¡No lo será nunca!

—Eso... sólo de ti depende.

—Lo sé. Esperaba que fuese vencido por la Diosa Magna y los demás peligros de Sygar. No fue así. Está ya muy lejos. Incluso... ¡Camino de lo Inalcanzable! Entre él y la Luz Eterna, solamente queda un adversario.

—¿Quién? —dudó la Máquina.

—Yo —aseguró Starella.

Y sus ojos púrpuras brillaron con luz cruel. Su faz de hermosísima criatura, bajo el cabello, azul como el espacio, se bañó de una luminosidad radiante. Cualquiera hubiera dicho que era el más hermoso de los ángeles humanos imaginables.

Sin embargo, era un bellísimo, inteligente y demoledor demonio de destrucción, puesto en el camino del Inmortal.

La burbuja cósmica de Starella, la Mujer del Espacio, flotó a velocidad inconcebible para una mente humana, rumbo a Sygar. En camino hacia Galax, para encontrarse con él en una cita inexorable, prevista por las fuerzas del Mal, en algún punto del Cosmos, allí donde el Universo empezaba a dejar de serlo para rozar los confines de lo Desconocido, de aquellas regiones donde jamás llegó nadie.

Donde solamente podía llegar un ser viviente, según el Oráculo de los Tiempos: el Inmortal.

Galax era ese Inmortal. Pero Starella iba a intentar evitar que las cosas sucedieran como estaban escritas.

Si alguien, en la Creación, era capaz de tal cosa, ese alguien era justamente ella: la hermosa criatura llamada Starella. La mujer al servicio del Mal. La hembra angelical, capaz de encerrar un infierno de perversión en su ser, tras la máscara de su dulce belleza. Un cerebro privilegiado, una supermujer, dispuesta a batir al superhombre en el terreno de batalla más gigantesco de todos los tiempos: el Universo.

Starella, cuando llegó al encuentro de Galax, intuyó que la victoria

era suya. Porque supo en seguida que, si alguien era capaz de enamorar a Galax, ese alguien era ella…

Y lo peor es que eso era bien cierto…

SEGUNDA FABULA COSMICA

LA MUJER DE LAS ESTRELLAS

CAPITULO PRIMERO

—¿Quién eres tú?

—Galax, el Inmortal. ¿Y tú, criatura?

—Starella, la Mujer de las Estrellas...

—Nunca oí hablar de ti.

—Ni yo de ti, Galax, pese a ser el Inmortal, esperado por toda la Creación.

—Fue un accidente. Sufrí la acción de la energía cósmica desatada. Nadie podía imaginar que yo, una vulgar criatura del planeta Tierra..., sería el Inmortal. Eso lo explica todo, ¿no te parece?

—Sí, posiblemente. Aun así, eres hermoso. Y fuerte. Y arrogante. Como siempre hemos imaginado al Inmortal.

—Starella... Tu nombre es melodioso, musical...

—Las estrellas son música de luz, melodía de colores. sinfonía de los sentidos —asintió ella, risueña, entornando sus bellísimos ojos púrpura—. ¿Vienes conmigo a conocerlas?

—En el Universo, todo son mundos y estrellas. ¿Qué tienen las tuyas de especial?

—Que están lejos. Más lejos.

—Más lejos..., ¿de dónde?

—De aquí. Y de todos los sitios. Están allá... —señaló hacia el cénit negro del Cosmos, tachonado de luces—. Camino de lo eterno, de lo inviolable, de lo que nadie vio ni verá jamás...

—¿El confín?

—Sí. El confín de lo Creado. La puerta de la luz.

—La Luz... Eterna —suspiró Galax.

—Eso es. La luz de la inmortalidad. El Manantial de Eterna Juventud. El sueño de todos los seres vivos del Cosmos. Sólo eso: un sueño. Pero ¿qué puede importarte a ti? Ya eres inmortal...

—No, no del todo. Aún no.

—¿Qué quieres decir, Galax?

—Debo confirmar ese poder. Una energía cósmica hizo inmortal mi cuerpo. Esa energía puede destruirme, cuando sea más fuerte que yo mismo. Y ya empieza a serlo. Debo ir lejos, siempre más lejos. Y hallar la Luz. El Manantial...

—Entiendo. Entonces, ¡ven conmigo!

—¿A... las estrellas?

—A las estrellas, sí. Es el camino. Estarás más cerca. Más que nunca...

—Más cerca que nunca... —la miró—. Las estrellas...

—Sí, Galax. ¿Por qué dudas?

Hubiera querido responder a eso. Contempló a su bellísima, increíble interlocutora. Había sido todo casual. Accidental. Incluso el Universo, el infinito Cosmos, el espacio intergaláctico, podía ser escenario de un accidente trivial, entre un hombre y una mujer. Entre el hombre inmortal y la mujer de las estrellas... ¿Qué importaba eso? A aquellos niveles, no cabían sorpresas. Todo ser, toda criatura, era algo más que un ser viviente. Era un prodigio, una sorpresa, un ser mitad dios, mitad criatura humana. Como él. Como Starella, la mujer de los ojos púrpura, el cabello azul, la piel de oro suave, la voz musical...

Sí. Se habían encontrado accidentalmente. O al menos, eso es lo que parecía. Eso es lo que pensaba Galax. Y no tenía motivos para pensar otra cosa...

Una nave sin control, perdida en el espacio. Flotando en el vacío infinito y negro de Ia nebulosa espiral de Sygar, no lejos del propio planeta, pero sin posibilidades técnicas de llegar a éste.

Una llamada de auxilio, en el lenguaje universal, utilizando los códigos intergalácticos...

Y él, en su nave de energía, a la búsqueda del origen de aquella llamada desesperada, recibida por su sistema de comunicaciones, aparentemente por puro azar.

Así sucedió todo. Galax no vio engaño en ello. Era todo tan simple, tan natural... Cierto que la nave-burbuja de Starella era sorprendente. Parecía hecha de simple luz materializada, de una materia luminosa y sutil, envolviendo una cámara sin otros mandos que los de una supernave de alguna civilización superior. Una Máquina Celeste, prodigio de sensibilidad, precisión y automatismo, manejaba por ella los sistemas de control a bordo. Pero incluso lo más perfecto admitía fallos. Y éste existía.

La nave descontrolada estaba fuera de toda ruta. Lanzada a la vorágine de los mundos y los astros de la galaxia en que se hallaba. Un poco más tardío el encuentro, y Starella hubiese penetrado, con su nave-burbuja en el campo magnético del gigantesco sol blanco Lithio, capaz de pulverizar todo cuerpo perdido en el espacio, al absorberlo y hacerle penetrar en su enorme masa incandescente.

Cuando menos, ése parecía ser el riesgo de Starella en su periplo cósmico. Galax no tuvo ninguna duda de ello, cuando avistó la nave a la deriva,, maniobró, utilizando sus chorros de energía, para frenar y adosar la nave desconocida a la suya propia.

Luego..., llegó el encuentro. Tras el descenso suave en un helado asteroide de las proximidades de Sygar, ambos se hallaron cara a cara.

Galax supo que el único tripulante de la pequeña y perfecta nave luminosa era una mujer. La más hermosa mujer jamás vista por ojos

humanos. Físicamente perfecta. Y con la voz más melodiosa y acariciadora que podía existir. Como pura música plena de armonía, aliento vital y sensibilidad.

Ella, Starella, pareció saber entonces, por vez primera, que su salvador era un hombre. El más fuerte, arrogante y hermoso varón que jamás viese una mujer en el Universo. Starella reveló sorpresa y admiración en sus purpúreos ojos rasgados, bellísimos y profundos. Starella era mujer, y sabía fingir. Mejor, incluso, que cualquier otra mujer. Galax nada podía sospechar.

Y no sospechó.

*

—¿De dónde vienes, Galax?

—De un lejanísimo planeta. Nunca habrás oído hablar de él. Ni de su Sistema Solar. Ni tan siquiera de su Galaxia toda. Ellos, los habitantes de mi mundo, la llaman Vía Láctea. Es larga, luminosa y lechosa. De ahí su nombre.

—Vía Láctea… —las cejas suavemente azuladas de ella se arquearon, interrogantes—. No, no he oído hablar de esos lugares, Galax. Muy lejos deben estar.

—Infinitamente lejos. Al otro lado del Universo.

—Habrás necesitado toda una vida para llegar aquí. Todos los cuerpos tienen unas limitaciones de velocidad…

—Quizás me separan millones de años de la Tierra. Acaso ahora sea allí el Siglo Cien, o el Siglo Mil. O el Diez Mil, no sé —se encogió de hombros—. Existen ocasiones en que el Tiempo significa tan poco para uno… Pero no he vivido ese tiempo en su exacto valor. Los valores matemáticos se alteraron. Puede dar el gran salto en lo que a mí me han parecido días, semanas acaso, pero no más.

—Eres una supercriatura, entonces —dijo, admirada, Starella.

—¿Supercriatura? No, soy solamente un hombre, un ente normal. Una criatura del Universo. Sólo que algo sucedió en mi vida, y alteró las cosas de mi ser.

—¿Qué buscas, entonces?

—Te lo he dicho: la inmortalidad.

—Es un don fabuloso y difícil. Pero dijiste también que eras inmortal…

—Del mismo modo te dije que debía hacer real esa inmortalidad, donde sólo es posible lograrlo, Starella.

—Sí: en lo Inalcanzable. En el Manantial de Luz Eterna, ¿no es eso?

—Es lo que pretendo.

—Ser inmortal significa ser el más sabio, el más poderoso. Y

luchar por el bien de los demás, con todas las armas que la Creación pone a tu alcance, Galax. Una dura labor hasta el fin de los siglos. Ser un elegido no es fácil. Ni cómodo. No morir jamás tiene sus problemas.

—Sé todo eso. Acaso fui elegido. Si es así, llegaré a la Luz Eterna. Se cumplirá el Oráculo de los Mundos, lo que está escrito en el curso inmutable de los astros. Si no... mi propia energía me destruirá. Habré sido, simplemente, una estrella fugaz, un ramalazo de luz accidental, perdiéndose en la grandiosidad de lo creado.

—En el fondo, Galax, creo que te estás buscando a ti mismo.

—Es posible que sea así. Todos nos buscamos un poco a nosotros mismos, Starella.

—Buscándote a ti, me has encontrado a mí —sonrió ella dulcemente.

—Sí, es cierto —convino él, mirándola con fijeza.

—Y yo, que no buscaba a nadie... te encontré a ti.

—También eso es verdad. ¿Adónde vas a parar?

—A esto, Galax: unamos nuestros destinos. Yo te ayudaré a encontrar tu senda en las estrellas. Tengo cierto poder, aunque esta vez de nada me servía, y tú salvaste mi vida. Ven a mi mundo, Galax. Quiero que lo conozcas. De paso hacia tu destino.

—Tu mundo... Aún no me dijiste cuál es...

—La más radiante de todas las estrellas de Sygar. Una luz fría y hermosa, un mundo lleno de luminosidad y belleza.

—Viniendo tú de él, ha de ser forzosamente hermoso, Starella.

—No puedes imaginar lo bello que es. Ven. Nuestras naves viajarán juntas en el Cosmos, si es tu deseo. Si no, yo iré en la tuya, acompañándote en la nueva singladura hacia lo infinito.

—Tú, conmigo... —la contempló, fascinado—. ¿Harías eso, Starella? ¿Viajarías conmigo, siguiendo mi propio destino hacia el futuro?

—Iría a donde tú fueses, si así lo quisieras —susurró ella, fervorosa, entornando sus bellos ojos radiantes—, Pero si eres un elegido, no tengo derecho a gozar de tus mismos privilegios. Está escrito que si un elegido ama a una mujer en su camino hacia la Luz Eterna, esa mujer será eternamente su compañera...

—También está escrito que esa mujer habrá de amarle hasta el sacrificio supremo de rendir su propia vida por el Elegido, y solamente así tendrá derecho a ser la Elegida y gozar de la vida y juventud eternas al lado de él —le recordó Galax.

—Dice el Oráculo de los Mundos que el Elegido deberá también protegerse de la perfidia y la doblez, y huir de quienes intenten destruir su misión y destruirle a él por los caminos del engaño y la falsedad —le recordó ella, con una sonrisa—. ¿Has pensado eso,

Galax? Yo podría ser una mujer pérfida y engañosa. Tu enemigo, en suma.

—Podrías serlo, sí —afirmó él, contemplándola largamente. Meneó en sentido negativo la cabeza—. Pero no puedo creerlo, Starella. Eres demasiado hermosa para ello, y tu voz es como una caricia para los sentidos. Debo creer en ti. Lo hermoso no puede ocultar engaño ni vileza. No sería justo.

—Lo hermoso puede ser una máscara, Galax.

—Debo correr el riesgo. Quiero creer en ti. Ven conmigo, Starella. Guíame a tu estrella radiante. De allí, partiremos hacia la Luz Eterna…

—Sí, Galax —los ojos de ella brillaron, fascinantes. Hubo como un resplandor de gozo y júbilo en la bellísima faz de la mujer de las estrellas—. Ven a mi mundo. Estaré para todo a tu lado…

E interiormente, Starella pensó, con malignidad:

«¡Estúpido y loco! Te lanzas a tu propia perdición, sin saberlo… Estás vencido, Galax. Starella te derrotará. Ya he ganado la primera batalla. Ni siquiera recelas de mí. ¡Yo te destruiré en breve plazo, orgulloso hombre inmortal!»

CAPITULO II

—Esa es, Galax. La más hermosa y brillante de todas...

Galax asintió. Condujo la nave de energía hacia aquella luz cegadora, suspendida en el infinito negro del vacío sideral.

Era la estrella Iridia, de Sygar. Iridia, la resplandeciente, que asomaba su resplandor irisado en los amaneceres placenteros del planeta donde los Héroes habían sido vencidos durante milenios por los Monstruos de la derrotada Diosa Magna.

La nave-burbuja de Starella, inutilizada aún, era remolcada por la poderosa nave energética de Galax. Ambos viajaban dentro del vehículo intergaláctico de él. Juntos. El uno al lado del otro, sus miradas en el Cosmos.

Ahora se encontraron, al girar sus cabezas y mirarse a los ojos. Galax tuvo un leve estremecimiento.

—Eres hermosa, Starella —dijo—. Y Ia luz de tu mundo te hace más hermosa aún...

—Es el placer de sentirme de nuevo en casa —musitó ella, pestañeando con suavidad—. Galax, espero que mi gente sea hospitalaria contigo. Y que este lugar te guste, y vuelvas a él alguna vez.

—Si alcanzo lo que busco, Starella, volveré alguna vez. Pero tú sabes cuál será entonces mi verdadera misión en el Universo: ir allí donde sea necesario, donde, alguien me precise para imponer la justicia y desplazar el Mal...

—Lo sé, Galax. Aun así, espero verte de nuevo en el futuro —puso su mano en el brazo de él, fuerte y vigoroso como una talla en bronce —. Sin necesidad de que haya calamidad alguna en mi mundo.

—Es seguro que te veré, Starella —se inclinó hacia ella un poco—. Hay algo en ti... que me atrae y me sujeta. Sería hermoso que las cosas fueran como tú dijiste... y uniéramos nuestros destinos.

—No, no —rechazó ella, con un suspiro—. Deliraba, sin duda. Estaba soñando. ¿Por qué habría de ser yo la Elegida, Galax?

—¿Por qué no habrías de serlo?

—No hice nada por merecerlo.

—No hace falta merecerlo, sino buscarlo. Y luchar por ello. En tu caso, te bastaría con... con amarme. Con sentir algo por mí...

—Galax, ¿estás ciego acaso, para no verlo?

—Para no ver..., ¿el qué?

—Desde que te he visto, desde que nuestros ojos se han cruzado por primera vez... no he dejado ya de amarte.

—¡Starella! —se sorprendió él.

El tono de ella, al aproximarse a él, envolviéndole en sus brazos sedosos, suaves, acariciadores y voluptuosos, se hizo un murmullo melodioso, una pura música embriagadora, que penetraba en los sentidos, como un néctar destilado en el Olimpo.

—Si se llega a la inmortalidad por amor, Galax..., seré inmortal. Porque te amo. Te amo como jamás mujer alguna amó a ningún hombre. Y si tú llegases a sentir algo parecido por mí, nuestro amor sería el más grande de todos los tiempos...

—Starella... —su boca buscó la de ella, sus firmes brazos oprimieron aquel cuerpo dócil, turbador y vibrante, como el de una virginal diosa llegada de mundos de hechizo y fascinación—. Starella, es tan fácil amarte... y enloquecer por ti...

Sus bocas se unieron. Sus ojos se entornaron, en éxtasis Sus cuerpos vibraron con una mutua atracción. Los seres más hermosos de la Creación parecieron arder en una misma radiante llama de limpio amor, tierna y pura pasión, exenta de apetitos desenfrenados ni turbios deseos.

Cuando menos, así sentía Galax.

Y entretanto, allá, en la sima profunda, púrpura, de las pupilas bellísimas de ella, una luz jubilosa y triunfal destellaba, sin amor ni ternura.

«Pobre Galax... ¡El Inmortal...! —recitaron, sarcásticos, los pensamientos de ella—. Está vencido, entregado... Ya es mío. Ya está destruido...»

Luego, las uñas suaves de ella, arañaron en un roce sutil, el cuello de Galax. Este se estremeció.

Fue un embeleso engañoso y mortífero.

Un instante después, Galax estaba muerto.

*

—¡Muerto!

—Eso es. Galax ha muerto.

—¡Es increíble! Tan pronto, tan fácilmente...

—Cumplí mi misión —dijo ella heladamente. Caminó, arrogante, por la amplia sala cristalina de la Torre del Hielo, en el Norte de la luminosa estrella Iridia.

En la burbuja visora que flotaba en el aire, el rostro verde, escamoso y cruel del Monstruo, reveló su inmenso asombro. A su lado, los entes de pesadilla se agitaron, satisfechos. La Medusa y la Hembra-Araña, con sus numerosas piernas, bailotearon, felices. El Monstruo meditó en silencio, mientras Starella llegaba a una especie de trono de cristal azul, y se aposentaba en él, nimbada de una luz boreal, que brotaba del propio cristal, en realidad puro hielo

petrificado.

—Bien —habló, al fin, el Monstruo—. Me ha sorprendido tu éxito. Creí que la misión era infinitamente más compleja y difícil...

—Para vosotros, tal vez. Yo soy Starella, Ia Mujer de las Estrellas. Señora de la estrella boreal de Iridia, de corazón tan helado como los hielos eternos que forman mi mansión y mi mundo —hablaba con aquella voz suya, musical y melosa, pero llena ahora de inflexiones altivas y orgullosas, convencida de su fuerza y su poder. Añadió, despectiva casi—: No podía serme difícil terminar con un hombre como Galax. Porque él, por encima de todo, era eso: un hombre. Y, como tal, imperfecto, lleno de errores y debilidades. Sobre todo, ante una hermosa mujer que sepa engañar...

—De modo que así lo hiciste. Con las armas de tu sexo... —se admiró la Medusa.

—Desde que los mundos fueron creados, es el arma más eficaz de todas. Y seguirá siéndolo durante milenios. La prueba está aquí, evidente.

Pulsó unos mandos. En la burbuja luminosa de televisión intergaláctica, apareció ahora una imagen, cruzándose con la transmitida por el Monstruo y su dantesca cohorte de criaturas odiosas.

Era la imagen de Galax.

Rígido, inerte, sin color ni vida. Encerrado en un perfecto bloque helado, de forma oblonga, como si estuviese introducido en una caja de vidrio. Era una hermosa estatua yerta. El cadáver gélido de Galax. sometido a una hibernación ya eterna, en algún lugar de aquel mítico palacio de hielo, en una estrella radiante.

—Es cierto. Es Galax —admitió el Monstruo—. Muerto... Te felicito, Starella. Sabía de tu poder, pero no lo imaginé tan grande. Eres astuta y cruel como pocas. El Superior va a sentirse muy contento de ti.

—Así lo espero. Si el Superior sabe reconocer lo que he hecho, es posible que me conceda más poder, más autoridad...

—Eres dueña soberana de tu imperio estelar, Starella. ¿Qué más precisas?

—Ambiciono mucho —declaró ella, entornando sus ojos profundos —. Otros mundos, otros imperios, sometimiento de gentes y de pueblos... Incluso del propio planeta Sygar...

—Pides demasiado, pero no hay duda de que el Superior será generoso contigo.

—Espero que sea cierto, aunque él jamás me concedería aquello que más anhelo.

—¿Y es...?

—La juventud eterna —susurró ella.

—¡Starella! —se asustó la Hembra-Araña—. Eso sólo está reservado a...

—Sí, lo sé. A los dioses y a los Elegidos. No soy una diosa, ni una Elegida. El creyó serlo —señaló la imagen de Galax, en su urna de hielo eterno—. Y ya veis dónde está ahora. El Superior no permitirá jamás que sobreviva una Criatura Que No Puede Morir... porque está escrito en los Oráculos que esa misma criatura destruirá el poder del Superior. Pero aparte esa eterna juventud, esa inmortalidad hermosa a la que aspiraré siempre... ¡deseo poder, autoridad, gentes sometidas, mundos a mis pies! Soy mujer, soy ambiciosa y sé que soy la más hermosa de todas. Lástima grande será que algún día se marchite esta belleza. Pero cuando ese día llegue, cuando menos, seré la más poderosa de las mujeres del Universo.

—Las mujeres sois todas extrañas —se quejó el Monstruo. Su faz horrenda y su cuerpo deforme, verdoso y duro, se arrugaron, al encogerse sobre sí mismo—. Nunca os comprenderé. Tienes poder, tienes belleza, fuerza, poderes superiores, e incluso prolongaste tu vida y tu juventud con la Droga de la Longevidad. Eres joven ahora, pero lo serás también durante mucho tiempo. Y pides más...

—Mucho tiempo no es la eternidad —se quejó ella. Alzó sus manos, largas y marfileñas, con aquellas uñas suyas largas y suaves, que apenas si parecían peligrosas—. Pero en algo tienes razón. Soy fuerte. Tengo poderes superiores... Tan superiores que con un simple roce de mis uñas pudo aniquilar al Inmortal, al Elegido...

—¿Cómo pudiste hacer eso?

—Son mis artes mágicas... —sonrió ella, maliciosa—. En mis uñas llevo la ponzoña del Amor y la Muerte. Galax era solamente inmortal en lo físico, a causa de su carga de energía cósmica, acumulada en sus tejidos. Nadie pensó en atacarle en su punto débil: los sentimientos. Bastaba que sintiera algo por alguien, un sentimiento tierno, para que su espíritu se hiciera sensible, y su mente, embriagada por ese sentimiento, no pudiera combatir la radiación mortal de mis uñas, convertidas en realidad en cargas paralizantes de sus células cerebrales. Al paralizar sus nervios, se detuvo la vida en él. En ese trance letal, si no se le devolvía la autonomía de sus actos, moría inevitablemente, por paralización de sus ondas cerebrales. La auténtica muerte del ser vivo es cuando su cerebro se paraliza. Y así terminó su vida el Inmortal. Paradójicamente, todo resultó tan fácil para aniquilar a un ser que creía gozar de vida eterna...

Una carcajada cruel brotó de los labios hermosos de Starella. Su cuerpo se agitó sinuoso y complacido, en su trono de hielo. Luego, apagó el visor intergaláctico. Ya había transmitido la gran noticia: Galax había muerto.

Ella era, a fin de cuentas, la gran vencedora en aquella pugna.

*

Contempló la figura inmóvil, como dormida, pero extrañamente rígida.

Suspiró, incorporándose.

—Era hermoso —dijo—. Muy hermoso. Y ni siquiera llegó a pertenecerme un instante. Tuvo que morir. Era la orden recibida…

Starella respiró hondo. Se alejó del cadáver de Galax, encerrado en su gélido ataúd. Miró alrededor, agitado su cabello azul por el viento helado de las zonas árticas de Iridia. Starella, reina de las Regiones Frías de Iridia, se estremeció. Envolvióse mejor en su manto de tejido térmico, luminoso. Caminó hacia la Torre de Hielo. Sus gentes la contemplaban en silencio, admirativos y respetuosos.

Desde ahora, ella era la Vencedora del Inmortal. Un raro privilegio que la convertía en la mujer más notable del Cosmos. En la más grande y temible de todas las mujeres.

Sin embargo, Starella estaba triste. Como si algo no funcionara bien en su gran victoria. Como si la muerte de Galax no la hiciese totalmente feliz, a pesar de lo que significaba.

El pueblo boreal de Iridia, pueblo de gentes pequeñas y rugosas, de personajes envueltos en ropajes de pieles, se inclinaba, ceremonioso, al paso de su majestuosa reina. Ella, en silencio, penetró en la Torre de Hielo. Allí quedó, sobre el túmulo funerario de hielos eternos, bajo la luz boreal, el bloque gélido en él que se conservaba petrificado el cuerpo lívido e inerme de Galax, el que se creyó superior a todos los demás mortales, y fue, sin embargo, vencido por unos simples dedos de mujer…

Lentamente, todo el paraje quedó en silencio. Las gentes se retiraron. Galax, en su funerario bloque de hielo cristalino, se quedó allí. Solo en el yermo de hielo y de viento gélido, solo bajo la pálida luz fría de un astro boreal.

Esa soledad no duró mucho. Empezaron a hacerse densas, violáceas, las sombras de la noche de Iridia. Solamente la luz natural de la estrella, brotando de los suelos helados, como en fantasmagórica visión, daba claridad extraña y delirante al paraje en silencio.

Allá, no lejos del lugar, los helados mares del norte eran inmensas extensiones blancas, aguas de coloración violácea, con grandes bloques de icebergs azules flotando en su superficie.

Y de esos mares, lenta, sigilosamente, empezaron a brotar las criaturas horribles.

Fue un deslizante silencio, lento y pausado. Cientos, miles de ellos, en movimiento hacia el túmulo funerario de Galax…

Y «ellos» eran los seres más repugnantes imaginables.

Sólo que Galax, muerto, no podía ver aquella masa repulsiva, en movimiento, sinuoso y vil cada uno de ellos, formando entre todos una legión nauseabunda.

Eran las babosas de los océanos helados. Peces-sanguijuela, de color lívido, de carne fofa y repugnante, babeante y viscosa. De boca succionante como una ventosa, de extraño órgano visual, consistente en una protuberancia fosforescente, en medio de un amasijo repugnante que ni de lejos se asemejaba a un rostro.

No eran mayores que vulgares peces. Pero reptaban como sierpes. Eran fríos y voraces. Palpitaban como una masa gigantesca e informe, sobre los hielos. Se movían hacia el túmulo funerario. Hacia el cadáver de Galax...

Había, cuando menos, un millar de ellos. Las babosas marinas rodearon el túmulo, empezando a escalarlo con la adherencia viscosa de su carnosidad babeante. Algo curioso sucedía, al contacto con esos cuerpecillos nauseabundos. El hielo despedía un vapor tenue, y un hálito de calor pegajoso se desprendía del túmulo y su féretro de hielo oblongo.

El hielo SE DERRETIA al contacto de aquellos babosos cuerpos cálidos. En cuestión de poco tiempo, alcanzarían su presa: el cuerpo de Galax.

Y el destino de éste era evidente, ante la succionante actividad voraz de aquellas bocas-ventosa que se movían sin parar, fija en Galax Ia vista de la protuberancia fosforescente.

Iban a devorar el cadáver. Eso era lo que les había atraído al firme suelo de hielo.

El hielo, cada vez despedía más vapor hediondo. Se disolvía por momentos. El cuerpo de Galax, pronto estaría fuera de su envoltura gélida...

Las babosas, ávidas, impacientes, hormigueaban en torno, aguardando el atroz festín.

*

Los dos esquimales de rugosa piel y cuerpecillos envueltos en pieles, salieron de su vivienda subterránea, en la sepultada Ciudad del Hielo, con sus calles y viviendas de gélido material azulino, para iniciar su viaje en sumergible por los Mares Helados, como muchos de su pueblo hacían habitualmente, en sus negocios y transacciones con los demás pueblos del norte de Iridia.

Eso permitió descubrir el horror latente. Uno de ellos gritó, al advertir lo que sucedía. Fue un grave error. Inmediatamente lo comprendió así, tratando de huir. Las babosas demostraron lo rápidas que eran cuando querían.

Se lanzaron sobre él como un alud, brincando, viscosas, en el hielo. Cayeron en su rostro, en su cuerpo envuelto en pieles. Estas parecieron pudrirse, corroerse al contacto de los repugnantes seres marinos. Penetraron en su cuerpo, alcanzaron su carne. Entre horrorosos alaridos, el festín sobre el ser vivo se inicio por parte de centenares de babosas...

El segundo esquimal fue más prudente. Sabía que los peces-babosas no tenían ojos, en realidad. Se guiaban por un instinto que reaccionaba a los sonidos y los olores. Rápido, en silencio, corrió atrás, precipitadamente,, desorbitados sus ojos ante la visión del compañero devorado en su presencia. Del cadáver medio corroído ya, se elevaba un pestilente vapor amarillento y cálido.

Pudo alcanzar el acceso a la ciudad de hielo, y se lanzó por él, cerrando tras sí la puerta hermética, de material cristalino. Justamente la clase de material que las babosas del mar, eterno enemigo de los pueblos marítimos de Iridia, no podía corroer con su calor disolvente.

Momentos después, la alarma era transmitida a todo el sector.

*

—¡Babosas hambrientas! —gimió Starella—. ¡Oh, no...!

Corrió a su sala de observación, en lo alto de la Torre de Hielo, tras recibir el informe de urgencia desde la sala de controles de la Ciudad de Hielo. Desde allí, los visores graduables le permitieron descubrir lo que sucedía en torno al cadáver de Galax, tras la muerte horrible del esquimal, cuyos restos humeantes eran visibles, no lejos del túmulo funerario.

El cadáver de Galax casi estaba ya fuera del hielo, que se derretía velozmente. El amasijo nauseabundo de animalillos se agitaba, con creciente voracidad. Sabían que el festín estaba a punto de comenzar.

Starella apretó los labios. Sus ojos centellearon con ira. Se irguió, furiosa, corriendo a la plataforma exterior de la torre. Allí, subió al disco que emergía como una altísima terraza. Sus pies presionaron unos resortes.

En realidad, ese disco era una nave de emergencia. Partió como una centella, con ella como viajera. Una especie de campana magnética la envolvió, impidiendo su caída al vacío.

El disco voló, vertiginoso, como un plato volador, hacia el lugar donde yacía Galax. La faz hermosa de Starella era una máscara de furia y de disgusto.

—Tengo que hacerlo —decía—. ¡Tengo que hacerlo, aunque corra ese riesgo! No puedo dejar que esas sucias y malditas alimañas marinas devoren un cuerpo tan hermoso y perfecto, digno de ser

conservado por los siglos de los siglos en hibernación, para admirarle y recordar siempre que existió un hombre como él…

Llegó sobre el lugar donde pululaban las babosas voraces. Los cuerpos repugnantes se agitaron en desorden, sintiendo sobre sí el zumbido vertiginoso de la nave real. Su instinto les decía que eso era un peligro para sus vidas.

Y lo era.

Ella tuvo suficiente con presionar de nuevo el suelo circular, en pleno vuelo. De la parte inferior del disco volante brotaron dos chorros formidables de luz azul, que lo hicieron todo incandescente, pero con una ígnea luminosidad helada. Era una forma fantástica de fuego destructor. Fuego gélido de Iridia, concentrado en enormes cargas de energía.

Fundiéronse los hielos, pero esta vez convirtiendo los cuerpos babosos, diminutos, nutridos hasta alcanzar varios millares hasta las orillas, en simples amasijos retorcidos y oscuros, abrasados e inertes por efecto de la descarga energética.

Muchos corrieron en masa hacia las orillas, para buscar refugio en el agua. Implacable, Starella lanzó su nave circular tras ellos. Les barrió, aniquilando masas de todos ellos, alcanzándoles incluso cuando iniciaban la inmersión, flotando en las aguas por millares. No dejó uno solo.

Jadeó, dominando su cólera. Sus ojos bellísimos fulguraban, su seno virginal latía apasionado.

—¡Inmundas bestias! ¡Os destruiré a todas algún día..!

Se volvió. Dirigió la nave circular hacia el túmulo derretido por la energía del rayo helado de fuego azul. Y descubrió justamente lo que había temido desde un principio.

El cuerpo de Galax se movía.

Estaba volviendo a la vida…

CAPITULO III

—La vida... ¡He vuelto a la vida!

—Sí, Galax. Estabas muerto. Y has vuelto a vivir.

—He resucitado... Pero eso..., ¡eso es imposible!

—Nada de lo que ocurre es imposible, puesto que ocurre —sonrió Starella.

—Pero..., pero yo soy, yo era inmortal. ¡No podía morir!

—Y has muerto. Eso sólo prueba que aún no eres del todo inmortal. Puedes morir, si te vence algún arma.

—¿Qué clase de arma, Starella?

—Oh, eso no sé —evasiva, se encogió de hombros, aunque hubiera podido responder muy bien a semejante pregunta—. ¿Cómo puedo conocer yo el arma que te causó la muerte? Todo ha sido tan extraño...

—¿Extraño, dices? Incomprensible, añado yo. No sé cómo pude morir cuando estaba en tus brazos, Starella...

—Quedaste repentinamente inerme, como herido por un rayo destructor. Acaso eso es lo que pasó: un ataque a distancia. Tus enemigos son poderosos, Galax...

—Lo sé. Quizá eso fue lo que sucedió, no sé. Pero luego... ¡he vuelto a vivir! Y eso es aún más extraño. Dices que, clínicamente, yo era un cadáver...

—Lo eras, Galax. Puedo jurarlo. Mis médicos te examinaron, mis sabios intentaron volverte a la vida. Todo inútil. Ni ciencia ni magia alguna han logrado dar con el secreto de la resurrección.

—Pero hubo resurrección —replicó él.

—Yo diría que sólo en cierto modo.

—¿En... cierto modo?

—Te hablaré de lo que entiendo. Y de lo que deduzco, puesto que nada sé con seguridad —mintió ella serenamente, con aquella expresión suya de dulzura y sinceridad, capaz de engañar a cualquiera —. Cuando llorábamos tu muerte y te concedíamos los honores del guerrero y del héroe, conforme a nuestras tradiciones, unas alimañas marinas de mi mundo, los peces-babosas, te atacaron. Son voraces, su mejor manjar es un ser vivo... o muerto. Enfurecida, para que respetasen no sólo tu cuerpo, sino tu reposo, ataqué a esos animalillos con la energía que nosotros dominamos en Iridia: el fuego helado. Eso no sólo destruyó a los animales, sino que debió actuar sobre ciertos puntos motrices de tu cuerpo, paralizados por el arma letal anterior, devolviéndote la vida, puesto que no estabas realmente muerto, sino paralizadas tus funciones y sentidos, en una especie de sueño

hipnótico que la hibernación mantuvo latente, hasta suceder el prodigio.

—Sí, eso explicaría muy bien todo lo ocurrido, Starella. Muy bien...

—Entonces..., has vuelto —le miró, patética, como si realmente fuese la mujer más feliz del mundo, al tenerlo de nuevo consigo—. Oh, Galax, eres maravilloso...

—Starella, mi vida. Tú me volviste al mundo de los seres que existen. Demostraste algo, al mismo tiempo: que eres digna de estar a mi lado, de luchar conmigo por la conquista de esa eternidad suprema...

—No sé, amor mío —dudó ella—. No sé... Pero ahora estás en mi mundo. Te ayudaré en todo. Prometo que te ayudaré, e intentaré evitar, por todos los medios, que las cosas vuelvan a suceder así...

—Starella, confío en ti. Ciegamente —musitó él, rodeándola con sus brazos—. Te debo tanto, desde ahora...

—Olvídalo, amor —susurró la voz musical y sublime de Ia más hermosa y engañosa mujer de todos los mundos.

E interiormente se dijo:

«No, no volverá a suceder todo de igual modo, Galax. Debes morir..., ¡pero ahora sin resurrección posible! No volveré a cometer el mismo error contigo. Por hermoso que seas... no dudaré en destruirte. Es una promesa de Starella, amor...»

Y el brillo maligno de sus ojos no fue visible para Galax.

CAPITULO IV

Despertó, complacida, sobre el lecho azul, suave y esponjoso, flotante en su cámara real.

Examinó a Galax, que dormía. Su torso viril brillaba como si lo recubriese una lámina de oro oscuro. El sueño del héroe, el reposo del guerrero que volvió de las sombras de la muerte, parecía apacible, sereno. Y ella, feliz, despertaba tras la más bella noche de toda su vida.

Ahora sí podía morir Galax. Había sabido cómo era su amor. Había conocido la pasión y el éxtasis en sus brazos. Fue un idilio fugaz. E inevitable. Ambos habían nacido para amar. Y amaron.

En este momento, todo debía olvidarse. El ensueño había concluido. El idilio era algo que ya no contaba en sus fríos cálculos de mujer implacable. Galax iba a morir. Tenía que morir.

Saltó del lecho. Dejó dormido a Galax. Ya no podía repetir con él la técnica de sus uñas, irradiando poder contra la mente. El cerebro vigoroso del hombre cósmico se habría fortalecido con eso, inmunizándose a la vez para posteriores descargas paralizantes. No. Ahora, el método de muerte debía de ser otro. Seguro e infalible. Sin resurrección posible. Con la destrucción TOTAL de Galax.

Starella envolvió su virginal escultura rosada en los vaporosos tonos azules y lechosos de una prenda suave, crujiente y fría. Con ella ciñéndose a sus curvas de diosa del amor y la belleza, llegó a la sala de comunicaciones de su Torre de Hielo.

Como temía, había allí un mensaje grabado, llegado de remotas galaxias, esperando su respuesta:

> «Galax sobrevivió. Hemos recibido información psicomental del Superior. Explica lo sucedido. Y termina con él, o serás declarada enemiga del Superior.»

Sabía quiénes firmaban aquel mensaje inquietante: el Monstruo, la Hembra-Araña, la Medusa y todos los demás leales siervos del Suprior. Ellos tenían razón. No se les podía ocultar algo así. El Superior controlaba cuanto sucedía en el Cosmos. Tuvo que saber que el Inmortal sobrevivía. Sus fabulosos y complejos circuitos mentales recibirían pensamientos y vibraciones del cerebro vivo de Galax. No podía haber error. El Superior no cometía errores.

Hizo grabar automáticamente un mensaje de respuesta, conciso y breve:

«Hubo accidente imprevisible. Galax resucitó. No volverá a suceder. Va a ser aniquilado inmediatamente. Esta vez usaré mis poderes ocultos. Las Hidras terminarán con él. Starella.»

—Las Hidras… —repitió, examinando el mensaje. Suspiró, moviendo la cabeza. Una cascada de azules cabellos golpeó sus hombros desnudos. Y añadió en un murmullo—: Sí. Antes de nada, debo dar forma viviente a las Hidras. Y luego… ¡ordenarles la muerte de Galax!

*

Las Hidras.

Eran trece. Trece horripilantes Hidras.

Surgieron de la nada. Se formaron del vacío, al conjuro mágico de la reina hechicera de Iridia. Las artes de Starella no conocían límites. Podía manejar tan hábilmente la magia como la ciencia y la técnica.

Contempló aquellos trece horribles seres, agitándose en el aire, ante ella, como en un aquelarre diabólico. Rostros crispados, verdes máscaras vivas, bajo cabellos formados de vivientes reptiles translúcidos… Ojos demoníacos, de un rojo sanguinolento, cuerpos retorcidos y deformes, de mujeres contrahechas, en inmunda desnudez, revelando el vello hirsuto de su piel verdosa.

Y todas ellas con aquellas manos como reptiles, con aquellos brazos numerosos, brotando de todo el cuerpo, en un bailoteo grotesco y malévolo… Saltando sobre nubes de un helado tono azul, esperando las órdenes, lanzando risas demoníacas, con sus bocas desdentadas y crueles.

Eran las Hidras de Iridia. Seres existentes en otra Dimensión, traídas a las tres dimensiones normales por la magia poderosa de Starella. Convertidas en seres tridimensionales, horribles y feroces…

Las Hidras eran la muerte misma. Pero la más atroz de las muertes. Su simple contacto producía, en cualquier ser viviente, un desvanecimiento inmediato. Luego, las Hidras tenían la facultad de llevarse consigo al dominado, a Ia Dimensión intangible de la que venían, y allí, eternamente aprehendido en una forma de vida distinta a la propia, el secuestrado se dedicaba a luchar por un regreso imposible, hasta que las Hidras, cansadas del juego, terminaban por rodearle y devorarle, en un macabro aquelarre sin precedentes.

Esa era la suerte a la que Galax estaba condenado. Incluso su inmortalidad física sería nula en otro plano dimensional, fuera del Universo conocido. Starella sabía esa circunstancia. E iba a utilizarla contra su enemigo.

—Ya sabéis vuestra misión, repugnantes criaturas —dijo a las

trece Hidras llegadas del vacío absoluto, materializadas poco antes con sus conjuros—. Esperad, y yo os traeré a vuestra víctima…

Rieron todas, agitando las cabezas, con expresión complacida. Evidentemente, iba a ser el suyo un gran festín, allá en su propia Dimensión. Ocultando el horror y la náusea que su propia creación le producía, Starella empezó a retirarse, altivamente.

—Haceos invisibles —pidió—. Y seguidme todas. Sin tocarme ni rozarme. Es una orden de la que es superior a vosotras, y os trajo a este mundo tridimensional. El ser que os va a ser entregado, espera confiadamente. Cuando os lo señale…, ¡actuad!

Hubo un bailoteo satánico de alegría por parte de las trece Hidras, y éstas, súbitamente, se hicieron polvo verdoso, una nube que se diluyó pronto. Pero Starella podía sentir la presencia de los trece horribles seres, a su espalda. Avanzó por la Torre de Hielo, de regreso a la cámara real.

Con ella, inapreciables al ojo humano, iban las Hidras. La muerte segura para el confiado Galax, que aún reposaba en la cámara de Starella…

*

Galax alzó los ojos. Contempló fijamente a Starella. —Querida… —musitó—. Me preguntaba dónde estarías…

—¿Despertaste ya? —se sorprendió ella, inquieta—. Oh, Galax, querido. Te vi tan dormido que ni siquiera quise arrancarte de tu sueño…

—Ya he vuelto de él —le extendió los brazos, incorporándose su cuerpo vigoroso, de titán armonioso y arrogante, como el de un guerrero que olvida ya su reposo—. Ven a mí, amor…

Starella asintió. Avanzó hacia sus brazos. Galax la tomó en ellos, la atrajo hacia sí, como si fuera a besarla…

Rápidamente, la lanzó a un lado, tras sí. Asombrada, sobresaltada, gritó Starella:

—¿Qué sucede…?

—¡No te muevas! —rugió él—. ¡Quieta ahí, por Dios!

—Pero…, ¿qué es…?

—Esos horripilantes seres que van tras de ti… —señaló al vacío, donde nada había—. ¡Deben ser destruidos!

—¡Galax! —gimió ella, sin entender—. ¿Qué dices?

Pero él ya no respondió. Con su cuerpo cubría a la hermosa Starella, protegiéndola de algo que era invisible. Sin embargo, el hombre de las galaxias se precipitaba ya sobre el vacío, allí donde sin duda se hallaban las Hidras.

Con sus brazos desnudos, con sus fuerzas como única arma, Galax

se enfrentaba a un peligro mortal, a unos seres diabólicos, llegados de otra Dimensión, cuyo solo contacto significaba el sueño y el transporte a otra Dimensión, para morir devorado.

Starella cerró los ojos, angustiada. Por vez primera, sintió dolor. Casi arrepentimiento. Allí, ante ella, un hombre desafiaba a un peligro letal, para salvarla a ella de todo riesgo. Sin saber que, precisamente ella misma, era la autora de tal peligro y, por tanto, lanzaba a su defensor a la muerte cierta, con la peor de las hipocresías y perversidades.

—No, no… —susurró ella—. No puede ser…,

Galax, irremisiblemente, chocó con las Hidras invisibles. Y éstas, pavorosas, feas y horrendas, se hicieron visibles…

CAPITULO V

Starella supo, al cerrar sus ojos, que, cuando los abriese de nuevo, Galax no existiría ya. Estaría en poder de las Hidras, en camino hacia su maléfico destino, allá en la Sexta Dimensión, en el Ultracosmos multidimensional no sospechado por el ser humano.

Sin embargo...

Cuando alzó los párpados la hermosísima mujer de las estrellas, Galax no sólo vivía aún, sin desvanecerse ante las emanaciones soporíferas de las Hidras monstruosas, sino que estaba luchando a brazo partido, como un titán, contra los brazos y los cabellos vivientes de las horribles criaturas.

Gritos y quejas brotaban, agudos, de las bocas desdentadas. Crispaciones de ira y de impotencia, convertían las verdes facciones en máscaras repugnantes. Los cabellos se movían en agitación de delgados reptiles vidriosos, llenos de vida y malignidad. Los brazos huesudos y descarnados de las trece criaturas dantescas, pugnaban por destruir el vigor de aquel nuevo Hércules poderoso, demoledor, al parecer invencible.

Galax estaba venciendo a las Hidras. Venciéndolas, sí, aunque eso a Starella le parecía imposible de todo punto, dada su condición extrahumana, su dimensión superior, su fuerza diabólica...

Galax manejaba sus manos nervudas como mazos, a veces como garras, desgajando los cabellos vivientes, apartando a golpes demoledores a las Hidras. Finalmente, se vio rodeado por éstas. Ellas le ciñeron con sus brazos, intentando reducirle, someterle a sus emanaciones adormecedoras...

No lograron nada. Galax hizo, de repente, un esfuerzo titánico. Sus brazos se dispararon en todas direcciones. Sus músculos dilatados, hinchados, parecieron restallar en golpes secos y brutales. Además, aferró las cabelleras de las trece Hidras, entre ambas manos, a manojos. Chillaron ellas, angustiadas. Galax gritó:

—¡Está escrito en el Oráculo de los Mundos! ¡Las criaturas de otras Dimensiones sólo pueden ser vencidas si se las despoja de su poder mutante! ¡Y el poder mutante de las Hidras de la Sexta Dimensión está... en sus cabellos vivientes!

Al decir esto, tiró de esos cabellos que culebreaban entre sus dedos, resistiéndose a ser aferrados. Los arrancó de cuajo de las cabezas verdes y malignas, repentinamente peladas. Un común alarido, un grito colectivo de horror y de angustia acogió la acción de Galax.

Las trece Hidras se convirtieron en simple humo espeso, verdoso.

Luego, se diluyó, y cayeron cenizas verdes al suelo. De los dedos de Galax escaparon los cabellos vivientes. Ya no eran sino lacias formas arrugadas, sin vida, como pelos vulgares.

—Se fueron —suspiró Galax, volviéndose, sonriente, hacia Starella —. Las Hidras se fueron definitivamente. Quizá no puedan volver siquiera a su dimensión, despojadas de su poder, y se queden flotando en la Nada por una eternidad. Mejor así. Las criaturas de su especie, sólo males traen a donde acuden.

—Galax, venciste..., venciste a las Hidras, de las que se dice que son invulnerables —musitó ella, aturdida aún por lo que había presenciado.

—Todos somos vulnerables de alguna forma —rió él—. Leí una vez que su cabello viviente es la fuente de su poder y de sus facultades mutantes. No era difícil arrancárselo.

—También se dice que ellas adormecen a quien rozan...

—No a mí. La energía cósmica de mi cuerpo ha anulado la acción hipnótica sobre mis sentidos. Sólo puedo dormirme si realmente lo deseo, sugestionándome a mí mismo.

—Yo no podía saber eso —musitó ella, que añadió rápidamente—: Sentí tanto miedo al verte luchar contra un enemigo de otra Dimensión... Pero, Galax, tú..., tú viste lo que era invisible. Yo no podía presentir su existencia. ¿Cómo sucedió eso? ¿Es también otro don de tu actual estado, con el cuerpo sometido a la energía cósmica que alteró tu organismo?

—No —rió Galax—. Es un hecho infinitamente más normal y falto de valor prodigioso.

—No te entiendo...

—Muy fácil: cuando salí de mi planeta como cosmonauta, iba a estudiar la Cuarta Dimensión. Nuestros sabios nos dotaron de unas lentillas especiales, ajustadas a nuestros ojos. Con ellas era posible ver formas de otras Dimensiones, aunque no demasiado claras. Sigo llevando esas lentillas. Vi a las Hidras perfectamente, porque ellas estaban en esta Dimensión, aunque su estructura sea de otro plano dimensional... Simple y casi decepcionante, ¿verdad?

—No, Galax —suspiró ella, mirándole—. Nada en ti es decepcionante. Sorprendes y maravillas a cada paso, querido. Pensar que tú estuviste a punto de morir por defenderme, por cubrirme de esas harpías...

—Olvídalo —sonrió el hombre de las galaxias—. Te amo, y debo protegerte. Es lo justo.

—¿Hasta el punto de dar tu vida por mí, y renunciar a tu posibilidad de ser el Inmortal Elegido?

—Hasta ese punto y más, si es necesario —suspiró él—. He conocido ahora el Amor, Starella. Sé lo que uno es capaz de hacer por

el Amor. Y me siento feliz de hacerlo, ocurra lo que ocurra... ¿Por qué me lo preguntaste, cariño?

—No, por nada, amor mío.... —susurró ella, profundamente abstraída.

Galax se dejó caer en un asiento flotante. Arrugó el ceño, evocando algo. Tras la pausa que estableciera el silencio de ambos, habló con serena energía:

—Debemos pensar ya en otras cosas, Starella.

—¿Otras cosas? —se sobresaltó ella, mirándole.

—Sí. El gran viaje. El salto final. La última etapa...

—Te entiendo: la Ultima Galaxia. Los límites. Lo Inalcanzable. En suma: el Manantial de Luz Eterna.

—Sí... —inclinó su hermosa y arrogante cabeza viril—. Debo hacerlo. Cuanto antes.

—Te entiendo. Temes que alguien quiera evitarlo.

—Es evidente. Esas Hidras no se materializaron en nuestra Dimensión por accidente ni por casualidad. Existe un peligro cierto. No quieren que llegue allí. Y debo llegar.

—Claro, Galax. ¿Prefieres ir... solo?

—No puedo pensar eso. No ahora —extendió su brazo, tomó la mano de ella. Atrajo a Starella hacia sí, sonriente—. Vendrás conmigo. Hasta el fin de los mundos. Y más allá, si es preciso.

—Galax, puedo ser un estorbo en tu camino hacia más allá de las estrellas... —se quejó ella, preocupada.

—Serás mi compañera. Sólo eso. Si hemos de ser inmortales, lo seremos los dos.

—Pero sólo con el amor y la sinceridad... se alcanzará el estado supremo.

—Yo te amo. Soy sincero contigo. ¿Tú, no?

—Oh, sí, cariño. Sí... —afirmó, con una rara luz en sus ojos purpúreos—. Aun así, temo ir contigo. Recuerda que estamos cerca, sí. Pero no está todo hecho. Queda quizá lo peor: el mundo de las sombras. El vacío absoluto, la negrura eterna.

—Lo sé: el Pasaje Tenebroso. La ruta hacia la Eternidad, Starella. La recorreremos juntos. Nada temas.

—Galax, mi amor... —apretó sus manos con fuerza—, ¿Tanta fe tienes en mí?

—Sí, creo que sí —afirmó él—. Es fe. En ti. Y en mis fuerzas. Como dijo el Gran Profeta: con Fe y Amor... se alcanza el derecho a la eternidad.

—Sí, estoy segura de ello —inclinó la cabeza, y se apartó de él. Tenía una humedad extraña en sus ojos—. Está bien. Iré contigo. Hasta el fin de tu ruta...

—Gracias. Sabía que lo harías. Como sé que llegaremos juntos a

ese final…

*

Y juntos iban hacia ese final. 0 hacia el que les pudiera reservar a ambos el destino.

Juntos, a bordo de la nave energética de Galax. En ruta hacia la Luz Eterna. Hacia el final de los mundos.

Iridia quedaba atrás. Como Sygar y el sol Vulcan* Era la última Galaxia poblada de mundos habitados. Ahora, ante ellos, la oscuridad eterna era una amenaza sombría, llena de incógnitas. Un océano de tinieblas para los cosmonautas del infinito.

Y más allá…

La vida. La juventud. Quizá la inmortalidad. O la muerte definitiva.

Quizá la fuente de energía del Universo.

—Dicen que hay seres que pueblan esa oscuridad —señaló Starella la ancha franja negra, entre la galaxia de Sygar y la llamada Ultima Galaxia, simple nebulosa hecha de polvo cósmico, de materias en embrión, evolucionando en el fantástico ballet de los mundos, moviendo sus incandescentes masas hacia un enfriamiento que tardaría miles de siglos en llegar.

—Seres… ¿Qué clase de seres? —dudó Galax—. ¿Espíritus?

—Quizá —ella suspiró, preocupada. Contempló la hermética negrura—. Afirman que son más espíritu que materia. Están hechos de oscuridad. Son sombras que viven y se agitan en el Cosmos sin luz.

—Oí hablar de ello —sonrió el hombre de las galaxias—. No tiene confirmación científica. Hay quien asegura que es pura leyenda: Tenebro, o la Región de las Sombras Eternas. El llamado Pasaje a lo Inalcanzable. Los Tenebros son lo que tú dices: sombras vivientes, entes hechos de oscuridad solamente. Algo que uno no acaba de concebir con exactitud, pero que quizá sea real. De todos modos, nada debemos temer nosotros. Esta nave es energía. Y al ser energía, es luz. Ahuyentamos la oscuridad, las sombras, por vivas que estén. No hay de qué preocuparse. Salvaremos el último obstáculo hacia la Luz…

—Dios lo quiera —musitó ella, estremecida. Y apretó con fuerza el brazo de Galax.

Sus ojos siguieron fijos allá, en la distancia sideral. En la zona sombría del Universo a donde no llegaba la luz de los soles ni de los astros…

Donde, tal vez, criaturas de la oscuridad acechaban, para impedir el paso a la nave que buscaba su supremo destino en los confines mismos de la Creación.

TERCERA FABULA COSMICA

LABERINTO TENEBROSO Y LUZ RADIANTE

CAPITULO PRIMERO

Tenebro.

Era allí. Acababan de penetrar, con su nave de energía, en la zona sin luz. A donde no llegaba claridad alguna. Ni tan siquiera de remotas estrellas, veladas por nubarrones hechos de oscuridad densa, espesa, viscosa, como algo material que envolviera los cuerpos lumínicos, ahogando su resplandor.

Era igual que hundirse en un océano de tinta espesa. Las cosas perdían su forma, se olvidaban los puntos de referencia. Solamente quedaba, como guía, el control automático de la nave, señalando su rumbo, velocidad y otros datos de situación.

Afuera, ni soles, ni astros, ni galaxias ni formas o perfiles de nada. Sombra. Sólo sombra eterna, inmutable, agobiante y extraña...

Y en la sombra, silencio. Un silencio total, absoluto, demoledor.

El silencio de la muerte misma...

—Eh, ¡mira! —gimió Starella, angustiada—. La luz... Nuestra luz, Galax...

Galax se estremeció. Su luz... Sí... La nave energética estaba OSCURECIENDOSE por momentos. Dentro de la cabina de muros resplandecientes, todo estaba tornándose sombrío. Algo fallaba a bordo. De momento, era la luz...

Luego, empezó a fallar la energía. Una cosa traía aparejada la otra. La nave se estaba INMOVILIZANDO.

—Nos quedamos parados... —jadeó él—. ¡Detenidos en la Zona Tenebrosa!

—Será..., será horrible —musitó Starella, abrazándose a él—. El final...

—Si falla la nave, sí. No soportaremos el gélido frío del vacío absoluto, ni la oscuridad total... —comprobó los mandos, perplejo—. Pero no indican avería. No hay fallos a bordo. Sea lo que sea lo que nos deja en sombras, viene de FUERA.

—Los... los Tenebros, Galax —sugirió ella, temblorosa.

—Me temo que sí —afirmó gravemente él—. Quizá no sean sólo una leyenda... Ten calma, de todos modos. Si perdemos el control de nosotros mismos, estamos perdidos.

—Empieza a hacer frío aquí dentro, Galax... —se quejó ella—. Y la oscuridad es casi total ya... Los sistemas de propulsión se han detenido. No hay energía. Ni luz...

Estrechamente enlazados los dos, miraron en torno suyo, las trágicas sombras de muerte que se apoderaban de todo. Era como un fluido misterioso. Como si algo vivo, pero intangible, penetrase por

doquier, invadiendo de negruras el interior de la nave.

—Si esto continúa, pereceremos sin remedio —se quejó él—. ¡Ahora, cuando estábamos ya tan próximos a nuestra meta definitiva, Starella...!

Intentó en vano equilibrar las fuentes de energía de su supernave. No funcionaron. Algo, más fuerte que todo ello, actuaba desde el exterior, bloqueando los sistemas de propulsión y de funcionamiento.

Las tinieblas estaban derrotando a la luz y la energía.

—¿No hay remedio? —musitó Starella.

—Me temo que no...

—Galax, si hemos de morir..., prefiero que lo sepas todo.

—¿Todo? —se sorprendió él. La miró, pero apenas si vislumbró su perfil en la penumbra que era casi tiniebla—. ¿A qué te refieres?

—No es justo que mueras aquí ahora. Acaso todo es culpa mía. Fui cruel, hipócrita, perversa... Galax, nunca te fui leal.

—Starella...

—Déjame hablar. Te lo diré todo. Si morimos, que puedas perdonarme antes, suponiendo que mi culpa tenga algún perdón... Si no..., al menos pereceré sin ese lastre en mi conciencia. Pese a todo, te amo. Ahora sé que te amo, Galax, y que haría cualquier cosa por ti. Incluso morir aquí, ahora mismo, para salvar tu vida.

—Starella, pero ¿qué dices?

Ya la oscuridad era total, gélida, agobiante. La voz de ella se elevó, patética:

—Te mentí siempre. Te odiaba. Fui escogida para aniquilarte. Y era mi misión. Lo intenté dos veces. Fui yo, ¿entiendes? Mis uñas, el fluido contra tu mente... Las Hidras, materializadas con mis artes mágicas... Resucitaste porque no quise que devorasen tu cuerpo las babosas... Eso fue todo.

—Starella... ¿Hubieras vuelto a intentarlo ahora, de serte posible?

—No, ahora no. Nunca más. Te ayudaré, lucharé por ti, si salimos de ésta, te lo juro... Sé lo que es amar Galax... Pero, pero no te has sorprendido, no me has reprochado nada...

—No puedo hacerlo. No te puedo reprochar que hayas sido sincera al fin. En cuanto a lo demás..., Io he sospechado algunas veces. No quería pensarlo, pero imaginé que servías a mis enemigos...

—Galax... Y aun así... luchabas por mí.

—Yo te amaba ya, Starella —oprimió su cuerpo estremecido contra él, en la total oscuridad de la nave—. Si hemos de morir, piensa que seré feliz de perecer a tu lado. Y si seguimos adelante, vendrás conmigo a la Luz Eterna.

—Galax, mi amor...

Se besaron en la oscuridad. Sentían como si algo vivo reptase en torno. Notaban sensaciones animadas. Las sombras vivientes... Los

Tenebros... Estaban seguros de que existían, si bien jamás podrían verlos...

—La energía y Ia luz —mascullό Galax—. Es su enemigo mortal... Espera, Starella. Haré algo desesperado. Si Dios no nos ayuda después... se habrá terminado todo.

—¿Qué quieres decir? —musitó ella.

—Mi energía cósmica, acumulada en mi cuerpo. Puedo provocar una crisis. Entonces sucederá algo. Pero me quedará el tiempo justo para intentarlo. Si no alcanzamos la Luz en poco tiempo..., pereceré.

—Entonces, no, querido. No lo hagas...

—Es preciso. ¡Mira, Starella!

Ella miró. Y vio.

Galax, súbitamente, parecía haberse convertido en una antorcha viviente. Todo su cuerpo, su rostro, sus brazos y piernas, centellearon, deslumbrantes, como si le envolvieran materias fosfóricas.

Fue una luz resplandeciente, que inundó la sala de controles de la nave.

Galax, el hombre luminoso de ahora, supo que había vencido a los Tenebros.

*

Vio saltar las tinieblas, como si fueran sólidas. Sombras densas, materializadas, replegándose, evaporándose al impacto fulminante y deslumbrador de aquel cuerpo hecho luz súbita, cual si una energía desconocida brotara luminosamente de los músculos de Galax.

Creyeron percibir como un susurro malévolo, como un largo y estremecido maullido, procedente de las sombras vivas que invadían la nave. Inmediatamente, ésta se quedó nuevamente llena de luz. Los entes de la oscuridad se evadieron como habían llegado: silenciosos, fantasmales. Como sombras que eran, por vivas que estuviesen.

Zumbaron los sistemas de propulsión. Rápido, Galax se inclinó sobre los mandos. Pulsó el sistema de velocidad, dándole a la nave la potencia máxima. Con la energía convertida en una vorágine de luz, la nave hendió las tinieblas, vertiginosamente.

Poco a poco, el luminoso cuerpo de Galax se apagó, volviendo a la normalidad.

—Lo logramos —murmuró, fatigado, pálido—. Vencimos a los Tenebros...

—Pero ¿a qué precio, querido? —musitó ella. Le rodeó con sus brazos—. ¿Qué es lo que hiciste realmente?

—Concentrar toda mi energía de reserva en ese esfuerzo. Me hice luminoso. Agoté mi poder. Ahora soy un hombre como cualquier otro. Pero con la suficiente radiación en mis tejidos como para morir en

escasas horas, si no llego al baño de la Luz Eterna...

Cayó, vencido, en su asiento. Ella entendió, inclinándose sobre él, angustiada, trémula.

—En suma... Sí no llegamos a lo Inalcanzable en seguida..., MORIRAS.

—Sí —afirmó él gravemente—. Y esta vez, nada ni nadie podrá resucitar a Galax...

CAPITULO II

—Nada ni nadie podrá resucitarle...

—Ese maldito superhombre... Parece tener vidas y vidas de repuesto...

—Solamente ha tenido una suerte a su favor: ella, Starella.

—¡La traidora! —jadeó el Monstruo-—. Se vendió a él por amor...

—Nunca entenderé a las mujeres normales —se quejó la Hembra-Araña—. Yo no me apiadaría de nadie.

La Medusa flotó, disgustada, junto a los mandos de la supernave galáctica que trasladaba al grupo monstruoso hacia el lugar por donde se les evadía ahora Galax.

—El Superior tiene que hacer algo —dijo la monstruosa figura gelatinosa—. ¡Galax no puede llegar con Starella al Manantial de la Eternidad! ¡Serían ellos, entonces, los que nos aniquilarían a todos nosotros, como afirman los Oráculos!

—El Superior trabaja ya en el asunto. ¿Cómo, si no fuese gracias a sus ultracircuitos mentales, hubiéramos llegado a saber que Galax agotó su energía de reserva en la zona Tenebrosa del Laberinto de Sombras, y ahora viaja a la desesperada, rumbo a la Ultima Galaxia, buscando el acceso al centro de energía universal, donde se halla la Luz de la Eternidad? Nos ha ordenado partir para reunimos con él en el borde de la galaxia de luz-, y así lo haremos. Entonces habrá sonado la hora final para Galax. Y, naturalmente, también para la traidora Starella, maldita sea esa mujerzuela.

El Monstruo no dijo más. Su verde epidermis escamosa supuraba humor bilioso, como le sucedía siempre que estaba sometido a una fuerte excitación. Pero la ultranave avanzó a fabulosas velocidades por el Cosmos, en busca del Laberinto de Sombras y, más allá, del destino supremo de Galax: el Manantial de la Vida...

—Recibimos otro circuito del Superior —habló roncamente la Hembra-Araña.

—Bien, traduce el mensaje —ordenó el Monstruo.

Ella lo hizo esquemáticamente:

> «Galax sólo dispone de brevísimo tiempo. Se agota su resistencia. En breve plazo entrará en coma, y no será capaz de seguir adelante. La victoria final es nuestra. Starella le está ayudando. Pagará con su vida la traición. Seguid adelante. Forzad los impulsores de energía.»

—Muy bien —siseó el Monstruo—. ¡Esto va bien! A Galax le quedan las horas contadas. ¡El Inmortal va a morir como el más débil

y agotado de todos los hombres!

Una risotada diabólica escapó de su monstruosa boca. Junto a él bailotearon sus grotescos y malignos compañeros de viaje cósmico.

Allá, en las distancias siderales, un hombre estaba acercándose a la muerte, con más rapidez que a su propio destino de inmortalidad.

Y ni siquiera el amor de una mujer parecía ser capaz de darle las fuerzas suficientes para resistir el embate final...

*

—Vas a morir, Galax...

—Sí, sí... Voy a morir —se enjugó débilmente el sudor. Miró, a través de un velo de neblina en sus ojos— ¿Quién..., quién eres?

—Tu mejor amigo, Galax: el ser que te trajo aquí, esperando que alcanzaras la inmortalidad soñada... ¿Ya no me reconoces?

—Tú... ¡El Gran Patriarca...!

—El mismo: el Gran Patriarca. Y profeta de los mundos —sonrió el venerable anciano, erguido ante él—. Has perdido la batalla, Galax. También tú, Starella...

Ella agitó la cabeza, desesperada, en gesto de instintiva rebeldía.

—¡No, no! —gritó—. ¡Aún no!

E intentó ayudar a Galax, moverle, tirar de él, sobre aquel suelo fantástico, como polvo de luz y de cristal, donde acababa de posarse la nave energética, en un esfuerzo supremo por alcanzar la ya inaccesible Puerta de la Luz, allá encima de ellos, en el negro cielo salpicado de polvo cósmico, de burbujas y remolinos de luz. Donde el Universo concluía, y sólo la oscuridad eterna seguía, como una interrogante fantástica y remota para el Hombre.

—Es... inútil... —jadeó Galax, cayendo de rodillas—. No podemos ya, Starella... De todos modos, es admirable. Tu voluntad, tu fe, tu rebeldía ante la derrota...

—Al menos, Gran Profeta, tú puedes ayudarnos —se volvió a la patriarcal figura del anciano—. ¿No vas a hacerlo, acaso? Galax debe alcanzar lo que tanto buscó. Yo, no, no merezco nada, pero él...

El Patriarca la miró con larga sonrisa, con fría expresión en sus ojos cansados que, lentamente, cobraban un brillo radiante, vital y pletórico de juventud.

—No, Starella —negó—. Yo no haré eso.

—¿Por qué? ¿Tan débiles crees que son tus fuerzas? —gimió ella, intentando aún arrastrar al vencido, enfermo, agotado Galax.

—No es eso. Mis fuerzas son muy grandes. Sobre todo, ahora, en que, como dicen los Oráculos de los Mundos..., cuando un pretendido Inmortal llegue fracasado a la Energía Suprema, se anularán las profecías... ¡Y el Superior será el único inmortal en las galaxias!

—El... el Superior... —jadeó ella—, ¡La fuerza del Mal! ¡El espíritu de la perversión y la maldad! Eres... ¡ERES TU, GRAN PATRIARCA!

—Sí —afirmó él, sonriente—. Soy yo. El Superior...

*

Galax, aturdido, contempló al que creyera su amigo y consejero.

—¿Tú? Oh, no es posible... —murmuró, agotado—. No puedes ser... el Mal.

—Te alenté en este loco empeño, porque sólo tú podías hacer pedazos la profecía. Pero eso sólo sucedería si fracasabas, muriendo en el camino... o llegabas aquí totalmente vencido. Y así sucedió —la mueca del Gran Patriarca era ahora maligna—. Vencí, Galax. Yo soy la sabiduría, la Ciencia y el poder. Yo acabaré con el Bien en los mundos. ¡Se respetará sólo mi voluntad, por encima de todo!

Una nave venía hacia ellos. Esperanzada, en la llanura de polvo luminoso, Starella giró la cabeza. La risa demoníaca del Superior la detuvo.

—No, no alientes esperanzas, traidora —susurró—. Son mis aliados leales. Los que harán que pagues tu traición al alto precio que conoces...

—Cobardes... ¡Cobardes todos! —gimió Galax—, Malditos... Una mujer... no debe ser castigada... Su único delito fue... amar. Amar de verdad a otro ser...

—Es suficiente. Starella nunca amó a nadie —rechazó el Superior —. Debe pagar su traición. Es mi ley. Y tú, Galax... ¡muere lentamente, a las mismas puertas de tu triunfo!

El intentó luchar. Se incorporó. Avanzó hacia el Superior. Cayó de rodillas, mientras el Patriarca reía, malévolo. Starella luchó por levantarle de nuevo. Tambaleante, logró hacerlo Galax. Emocionado, miró a la joven, que le abrazaba.

—Bendita seas, criatura —susurró—. Todo lo doy por bien empleado. En este largo viaje cósmico, hallé el Amor, la Fe... ¿Qué más puedo pedir a la vida? Hubiera deseado hallar también a Dios, pero era una idea insensata, en un pobre mortal perdido en el Cosmos... ¡Señor, cuando menos, acoge a este hombre humilde que te pide perdón por su soberbia! Y ayuda, por lo menos, a esta mujer que merece mejor suerte...

Lo dijo elevando sus ojos a la Luz Suprema. Era su último pensamiento. Se sentía como liberado, pese a la proximidad de la muerte. Más cerca que nunca del Creador, de la infinita bondad y el amor infinito...

La nave de los monstruos se posó ante ellos, en el asteroide de luz y polvo centelleante.

El Superior avanzó hacia ellos, impávido. Los ojos de Galax se fijaban allá, en la luz. Sus manos aferraban a Starella, patéticas...

Era el fin. Y no se desesperaba por ello. Sólo pedía perdón. Y ayuda para otro ser al que amaba...

Desde las alturas, Alguien pareció responder a la plegaria suprema del hombre vencido...

CAPITULO III

—¡Mira, Galax! ¡Milagro! ¡Se hace el milagro!

Era el milagro de la fe y del amor, del mutuo sacrificio y de la ausencia de egoísmo. Era el milagro que llegaba del límite mismo del Universo...

Galax, atónito, vio descender el rayo de luz, radiante y esplendoroso, como si por una invisible, majestuosa escalera cósmica, descendiera una claridad celestial. Cantos lejanos llegaron a ellos, susurrados por el infinito todo, por los confines del Cosmos inconmensurable...

—¡Eh! ¿Qué significa...? —aulló el Superior, revolviéndose.

La luz les envolvía ya a Galax y a ella, en un nimbo radiante. El Superior exhaló un aullido colérico. El y sus monstruosos esbirros corrieron a evitar lo que parecía inevitable y superior a sus fuerzas.

Algo les fulminó súbitamente. Estalló ante ellos una polvareda cegadora de luz, y cayeron atrás, como petrificados, pudiendo contemplar, atónitos, el prodigio supremo.

Por el rayo de luz, como absorbidos por una energía superior e increíble, los cuerpos de Galax y de Starella se elevaban, flotando verticales, perdiéndose camino de las alturas, del centro de la galaxia de polvo cósmico. Acaso hacia el fondo mismo de la Energía Creadora. Hacia el lecho del Universo. Hacia Algo que estaba más allá de todo lo imaginado...

Galax, triunfal, aferraba la mano de Starella. Ambos, como seres de una corte ingrávida, más allá del Cosmos, flotaban y se perdían, arrastrados por aquella estela de luz que parecía corpórea y envolvente...

La masa ígnea, cegadora, de Luz Eterna, les absorbió, ante los ojos vidriados, inmóviles, de los seres malignos, abatidos allá, en el asteroide de polvo luminoso. Vivían aún, pero sabían lo que aquello significaba.

—Es el fin... —susurró El Superior—. ¡El fin de todos nosotros! Un poder superior se lleva a esos dos seres hacia el Manantial de la Eternidad. ¡Descenderán convertidos en Inmortales, en Elegidos! Y seremos destruidos por ellos. ¡Todos nuestros aliados perecerán bajo la fuerza de ese maldito Galax y su compañera!

Los Monstruos, aterrados, ni siquiera se movían o alzaban su mirada al Cosmos. Allá, en la ígnea masa central de la última galaxia visible en el Universo, dos seres se fundían en un abrazo hermoso y limpio, a la vez que una luz celeste les envolvía, y unos profundos cánticos sobrehumanos brotaban por doquier...

Galax supo que habían alcanzado la suprema compensación. Eran los elegidos. El Amor y la Fe hicieron el milagro. Fueron escuchados. Y supieron lo insignificantes que eran, pese a su futuro poder inmortal, sirviendo al Bien a través del Cosmos, ante la grandeza de lo Desconocido… Acaso a otros mundos nunca soñados.

—Starella, es el Manantial de la Eterna Juventud. —susurró Galax cuando se sumergían en aquel baño infinito de luz.

—Sí, Galax. Es lo que buscaste con tanto ardor. Lo que nos hará dedicar nuestras vidas a luchar en defensa del orden y de la bondad, en todos los ámbitos universales…

Luego, se sumergieron ya totalmente en la luz radiante.

Habían llegado al centro de la Creación. De allí surgirían física y mentalmente inmortales y mejores, como elegidos que eran.

Hechos luz, energía, vida, amor eterno. Para ellos y para los demás.

*

Y así resultó ser.

Los Oráculos tuvieron razón. Todo sucedió como estaba escrito.

Un hombre elegido, llamado Galax, y una mujer enamorada, que supo rehabilitarse a tiempo, escribieron la más bella historia de amor y heroísmo allá en un futuro remoto, en los confines del Cosmos.

Donde el Universo asoma a otras magnitudes y Dimensiones…

FIN